

IMAGINARIOS DE INFANCIA

ANTOLOGIA

**Educación Parvularia y Formación Básica Inicial
Departamento de Educación
Facultad de Ciencias Sociales**

2002

**Selección de textos realizada por alumnas del curso “Imaginario Infantil”, año 2002.
Edición y montaje: Olga Grau Duhart**

**Educación Parvularia y Formación Básica Inicial
Departamento de Educación
Facultad de Ciencias Sociales**

Año 2002

PRESENTACIÓN

El texto antológico que ustedes tienen en su mano, es un trabajo colectivo que surgió en un proceso de aproximación a los imaginarios de infancia, en el curso Imaginario Infantil, desarrollado en el año 2002, en la Carrera de Educación Parvularia y Formación Básica Inicial.

Buscábamos aproximarnos a los imaginarios de niñas y niños y, en esa aproximación, quisimos hurgar en la memoria, en los recuerdos de infancia relatados por autores y autoras de la literatura universal, a través del género autobiográfico. Este ejercicio permitió avivar los propios recuerdos de quienes participaban en el curso y producir un acercamiento a las experiencias de la niñez.

Indudablemente, es un acercamiento mediado a través de la remembranza que se hace desde otra etapa de la vida, del relato que comporta una reelaboración de la experiencia, de poner en el lenguaje sensaciones, sentimientos, percepciones, relaciones diversas con acontecimientos, con las cosas, las personas y el propio cuerpo.

Hubo alumnas que tenían dificultad de recordar sus propias experiencias de la niñez, y este trabajo de buscar, leer a las autoras y autores les permitió acercarse a ellas. Para otras, las acciones reflejadas en los cuentos les permitía recordar fácilmente algo de lo vivido por sí mismas.

La experiencia de búsqueda a través de la lectura, les hizo descubrir muchas cosas: “Tomé conciencia de la capacidad de imaginación que tienen los niños”; “Me pareció fascinante esa capacidad de reencontrarse con uno mismo cuando niños. Envidiaba a los autores y me esforzaba por recordar momentos de mi vida”; “Fue un proceso de redescubrirse a sí mismo a través de otros”; “Me dí cuenta que uno puede también ser capaz de escribir”; “Hay momentos similares en todos los niños”; “El hecho de que yo sola buscara fue importante”; “Se me hizo agradable indagar en las autobiografías, porque eran experiencias cercanas que yo también había vivido”; “Fue un acercamiento verdadero. Siempre se teoriza mucho y no nos involucramos en buscar. Tuvimos una participación activa”; “Hubo libertad para escoger lo que considerábamos adecuado de acuerdo a los criterios establecidos en el curso”. Lo anterior son algunas expresiones de alumnas del curso, que encontraron en este trabajo una fuente genuina y de enorme valor para acceder a los imaginarios de infancia.

Distintos fragmentos fueron traídos al curso, y muchas veces no cumplían los requerimientos propuestos. Nuevas lecturas, nuevas selecciones, hasta llegar a los textos que ustedes leerán. He realizado un montaje y una edición de los textos finalmente seleccionados, de acuerdo a las categorías predominantes que gravitaban en los relatos.

Esperamos que este material también sirva a los lectores para acceder, a través del lenguaje, a los imaginarios de infancia y a reencontrarse consigo mismos en una fase de la vida irrepetible, pero también presente. Podemos redescubrirla, despertarla, para mirar de modo más cercano a las niñas y niños con quienes compartimos experiencias.

Disfruten de estas narraciones, como lo hemos hecho nosotras, y que el mundo de la infancia, a través de los relatos, les sea regalado.

Olga Grau Duhart
Docente Curso Imaginario Infantil

RELACIONES CON LOS OTROS

Relación con hermanos/as

La admiración

“Cuando era pequeño mi hermano Lawrence se escondía. Se ocultaba detrás de las puertas, debajo de las escaleras, a la sombra de los árboles; se sumergía en el Mississippi y respiraba a través de una caña mientras los demás niños jugaban en la orilla. Casi todas las tardes me mandaban a buscarlo para la cena. La primera vez que fui a buscarlo, yo tenía cinco años; lo encontré en el jardín, dormido detrás del tronco de un árbol caído. Otras veces lo hallaría entre las cañerías del sótano, o acucillado sobre una rama de nuestro arce, con la cabeza entre las manos, o hundido hasta los hombros en un hoyo cavado por él en el jardín. Siempre lo sorprendía. En casa caminaba silenciosamente. Se sentaba en los rincones. Me llevaba seis años y yo lo admiraba. Una tarde de abril, en medio de una llovizna que había comenzado días a tras, bajo a la orilla del Mississippi, se tendió en la playa y se cubrió con arenas hasta el cuello. Cuando me enviaron a buscarlo para la cena, sólo su cabeza asomaba de la arena; tenía la cara vuelta hacia la lluvia primaveral y sonreía”.

Canin, Ethan. En *Río Azul*,
Editorial Emecé, Bolivia, 1991, Prólogo
Selección: Luisa Contreras

La alegría

“Durante este período sólo hubo una creación libre: la de mis relaciones con mi hermana. El modelo familiar según el cual se regían mis padres reclamaba de inmediato un segundo hijo: el azar hizo que fuera una niña. ¿Si hubiera sido un varón, las cosas habrían marchado de manera distinta? No sé. De todos modos, creo que no habría sido ventajoso para mí, más bien habría padecido. Creo que haber tenido una hermana menor y próxima a mí por la edad fue una de mis suertes. Me ayudó a afirmarme. Inventé la mezcla de autoridad y de ternura que caracterizaron mis relaciones con ella. Le enseñé a leer, a escribir y a contar por mi propia iniciativa elaboré por mi misma nuestros juegos y nuestra viva relación. Mi actitud respecto a ella derivaba de lo que yo era. Feliz, segura de mí y abierta, nada me impedía acoger cálidamente a una hermana menor por la que no sentía celos. Activa imperiosa deseaba escapar a la pasividad de la infancia con acciones eficaces y ella me proporcionaba la ocasión soñada.”

De Beauvoir Simone. En *Final de Cuentas*,
Editorial Edhasa, Barcelona, 1984, Pág. 14.
Selección: Luisa Gavia

Relación con los padres

Desapego

“Recuerdo vagamente haber pasado largos ratos rezando por mamá y haberle preguntado a tía Matilde quienes eran esa señora y ese caballero, en cierto modo desconocidos para mí.

Ella es tu mamá y él es tu papá- me contestaba, lo que no me dejaba muy satisfecha.

Pasaron meses, mamá volvió a caminar. Al principio lo hacía solo con bastón. A mí me daba miedo acercarme a ella; me parecía lejana, ajena a mi vida, como las nanas que llegaban y se iban.”

Incomprensión

“La tía Lola, hermana de mi madre, por quién yo tenía gran admiración, se casó con Alfredo Basáñez de la Fuente, distinguidísimo y muy guapo muchacho. El único defecto que yo le encontraba era una ronquera adquirida, según él decía, en la batalla del Quebracho. Yo no comprendía esta situación y siempre preguntaba a mi madre por qué mi tía, tan bonita y elegante, se casaba con un ronco. Creo que me habría hecho mucha menos impresión si en vez de ronco hubiese sido cojo o manco. Extraña manera de interpretar las cosas, sensaciones de niño con curiosidad de tonto. Ese ronco que tan raro me parecía con su voz velada para marido de una mujer bellísima, fue, después de todo, el tío a quién más quise. Tenía una educación perfecta, una simpatía sin igual, y halagaba a sus sobrinos en forma cariñosísima. Caballero de rancio linaje, no era nada pagado de sí mismo, aunque sus modales y su expresión eran graves y solemnes. Hablaba con sencillez, de natural manera, y sabía cautivar con su conversación amena e interesante.

Llegó el día de la boda. La novia hizo su entrada del brazo de mi abuelo, en la iglesia de San Francisco; iba magníficamente vestida: La corona de azahares y el albo tul que cubría toda su silueta, realzaba su belleza. El templo estaba de bote en bote, lleno de rosas y lilas blancas, y el órgano, utilizando magnífica acústica, hacía oír los acordes del *Ave María* de Gounod, cantada por una voz melódica y sentimental.

Mis padres, Albertina y yo estábamos en lugar de preferencia entre la parentela. Lucíamos ambas hermanas unos vestidos color rosa y grandes capelinas de paja de Italia con adornos de flores y cintas.

Mientras el cura casaba a los novios y les enderezaba un buen sermón, se me ocurrió a mi una apremiante necesidad. Mi madre, indignada, me dirigió miradas de inquietud, pensando que habría que tomar alguna resolución.

- Bueno- dijo mi padre en voz baja-, yo la llevaré.
- Llévame a casa de Tatita- dije yo, con cierta nerviosidad.
- No; tratarás de arreglarte en un rinconcito del atrio de la iglesia- contestó éste de mal modo.

Para que no se viera lo que yo hacía y no llamar la atención de la gente, mi padre se puso delante de mí, dándome la espalda. ¡Cuál no sería su asombro cuando al darse vuelta se enteró de que sus pantalones estaban mojados y sus zapatos de charol habían perdido completamente el brillo!...

Tan pronto como hube terminado mi diligencia, me apresuré a regresar a la iglesia, no sin antes recibir en las piernas unos buenos palos, castigo que mi padre me propinaba usando como arma su elegante bastón de puño de oro. Yo indignada por la actitud tan violenta de mi progenitor, empecé a darle de puntapiés..., pero entonces él me aplicó unos buenos estrujones y me metió de nuevo en el templo, conduciéndome donde estaba la familia. Tanto mi padre como yo, parecíamos dos fieras enfurecidas y sólo atinábamos a discutir en voz baja pero con expresión de indignación en los rostros, lo que atraía la atención de la concurrencia.

Lo que resultó de todo esto fue que a mí no me llevaron a ver a la tía Lola después de la ceremonia, ni me permitieron durante dos semanas ir almorzar con mi Tatita”.

Relación con el padre

Relación con el padre ausente

No puedo decir que no conociera a mi padre, que murió cuando no tenía yo aún 6 años. Me quedó de él un vago recuerdo, esfumado en niebla, y recuerdo de un cierto momento en que le oí hablar con otra una lengua para mí entonces extraña: el francés. ¡Lo que heriría mi imaginación infantil esto!. Pero tampoco puedo decir que mi padre no hubiese influido en la formación de mi espíritu. Y no solo por el ambiente que dejara en mi casa y por lo que de él oí contar en ella y fuera de ella, sino, sobre todo y principalmente, por la pequeña biblioteca doméstica que él formó, y en la que se formó no muy poco de mi espíritu.

De Unamuno, Miguel. En *Mi vida y otros recuerdos*.
Madrid 1908. Pág. 30

La propia influencia

“Era feliz, en casa hacía reír a todos, era una bufona. Sacaba a papá de sus depresiones, todos me celebraban. Creo que ese papel de hacer reír, aunque tuviera pena, hizo que volviera la felicidad a casa. Papá reía, no nos retaba, nadie peleaba, los ojos de todos estaban puestos en mí, era la única que podía sacar a papá de sus crisis. Me volví una esperanza para la familia”.

Valdivieso Práxedes. En *Yo también fui retardada mental*,
Editorial LOM, Santiago, Chile, 1999, Pág. 18.
Selección: Carolina Jara

Comprensión y consentimiento

Sé que mi padre ha bebido cuando, al abrir la puerta de casa, oigo los conciertos de flauta de Mozart. La grabación que goza particularmente de sus preferencias es un viejo LP de Dennis Brain interpretada con el corno francés. Es un disco muy rayado, probablemente porque mi padre, cuando lo pone, está siempre muy borracho. A menudo la aguja salta un par de veces por encima de los surcos antes de que él consiga fijarla en el que corresponde. Después se sienta en un sillón danés moderno, se coloca de espaldas al tocadiscos, levanta los brazos y se pone a dirigir una orquesta imaginaria en nuestra sala de estar. Refiriéndose a Dennis Brain, me explica: “Se murió a los treinta y pico. Un accidente de coche. Pero ¡qué música! ¡Dios mío, qué música la de este hombre! ¡Hay que ver lo que consiguió!”

Después a veces suspira y se queda de pie delante de una pintura suya que está colgada sobre la chimenea, *La Mujer del Sombrero Rojo*.

-Quién tiene mujer e hijos se hace responsable de ellos -dice. Es una frase que cita regularmente. Es extraño que, aunque entiendo que la cita hace referencia a que un padre tiene que sacrificar su arte por sus hijos, nunca me ha parecido que mi padre se lamenta o se queje de mi existencia. Sé que me adora y que le encanta todo lo que hago. Así que le oigo decir la frase, le muestro un dibujo que estoy haciendo.

-Espera un momento, papá –le digo. Sé que no va a ninguna parte, pero salgo corriendo, busco un par de pañuelos de mi madre y me pongo unos leotardos, vuelvo a la sala de estar y, al son de la música del concierto de corno francés, bailo para él.

Mainard, Joyce. En *Mi Verdad*
Editorial Circe, Barcelona, España 1998, Pág. 47 y 48.
Selección: Paula Cordero

Relación con amistades

La empatía

Los otros juegos de mi primera infancia, solitarios, calcomanías, construcciones, eran todos ellos juegos solitarios. Yo no tenía camarada alguno... Sin embargo, recuerdo bien a uno, pero ¡ay! No era un compañero de juego. Cuando Marie me llevaba al Luxemburgo encontraba allí a un niño de mi edad, delicado, suave, tranquilo, y cuyo rostro pálido estaba semioculto por gruesos anteojos de vidrios tan oscuros que detrás de ellos nada podía distinguirse. No recuerdo ya su nombre, y quizá no lo supe nunca. Le llamábamos Mouton (carnero) a causa de su pequeño capote de vellón blanco.

- Mouton, ¿por qué lleva anteojos? (Creo recordar que no lo tuteaba).
- Sufro de los ojos
- Muéstremelos.

Entonces había levantado los horribles vidrios, y su pobre mirada guiñadora, insegura, me había penetrado dolorosamente en el corazón.

No jugábamos juntos; no recuerdo que hiciésemos otra cosa que pasearnos, tomados de la mano, sin hablar.

Esa primera amistad duró poco, Mouton dejó pronto de ir. ¡Oh, que vacío me pareció entonces Luxemburgo!... Pero mi verdadera desesperación comenzó cuando comprendí que Mouton se volvía ciego. Marie se había encontrado con la niñera del pequeño en el barrio y refirió a mi madre su conversación con ella; hablaba en voz baja para que yo no oyese, pero percibí estas pocas palabras: “Ya no puede encontrar su boca”. Frase absurda, seguramente, pues no hay necesidad alguna de la vista para encontrar la boca, sin duda, y así lo pensé inmediatamente, pero me consternó sin embargo. Fui a llorar a mi habitación, y durante muchos días me ejercité en permanecer largo tiempo con los ojos cerrados, en circular sin abrirlos, en esforzarme por sentir lo que Mouton debía experimentar.

Gide, André. En *Si la semilla no muere...*
Editorial Losada S.A., Buenos Aires, Argentina, 1951, Pág. 10 y 11
Selección: Valeria Pérez Vega

Relación con adultos/as

Agradecimiento

“Ignoro cómo fui detestada, cómo fui iniciada en la pulcritud y cómo reaccioné. Pero mi madre era joven, alegre, y estaba orgullosa de haber logrado su primer hijo: tuvo conmigo relaciones cálidas y tiernas. Una familia numerosa rodeó con solicitud mi cuna. Me abrí al mundo confiadamente. Los adultos soportaron mis caprichos con una sonrisa de complacencia: eso me convenció de mi poder sobre ellos. Mi optimismo animó esta exigencia que me ganó desde el comienzo de mi historia sin abandonarme nunca: ir hasta el fondo de mis deseos, de mis rechazos, de mis actos, de mis pensamientos sólo se exige cuando se cuenta con obtener de los demás y de uno mismo lo que se reclama; sólo se lo puede si se lo reclama. Agradezco a mis primeros años por haberme dotado de esas disposiciones extremas”.

De Beauvier, Simone. En *Final de Cuentas*,

Influencia de los mayores

“...Recuerdo que mi profesor era una especie de trovador, de modo que esa imagen tiene que haber influido mucho sobre Violeta, sobre mi hermano Roberto y sobre mí mismo “.

Parra, Nicanor. “Biografía de cien autores”, en *Enciclopedia de las tareas escolares*

Editorial Lo Castillo, 1986, Pág. 57

Selección: Elizabeth Cid

Influencia de los otros e ingenuidad

“Al Barragán calvo le puse un zapote prieto como solideo; a otro de ellos pensé en asustarlo con la detonación de una pequeña pistola y le rompí una oreja. También a veces ellos, enfadados, me sacudieron uno que otro guantazo y yo, como los hombres, los soporté sin chistar.

Pancho Orozco fue mi maestro en picardías. El me enseñó a decir *pendejo*, *carajo* y a veces en su tienda me obligó a tomar copas de *mistela*.

Un día me llamó y me dijo:

-Mira, chato, cuando María vaya a coser a tu casa, si duerme la siesta, mátele la mano por debajo de las enaguas y me cuentas que tiene dentro.

Yo lo hice y María se despertó, pero no antes de que mis dedos hubieran llegado al oloroso secreto de su virginidad.

-¿Qué le encontraste? –me preguntó Pancho Orozco.

-Nada. Barbas como las que tiene mi tío Valentín en los cachetes -le contesté sin darle más importancia al asunto”.

Romero, José Rubén. En *Apuntes de un Lugareño*.

Editorial Quimantu, Santiago Chile, 1972, Pág. 16 y 17.

Selección: Carolina Alcaíno

En el comedor de la casa de mi abuelo, donde comían a diario alrededor de 20 personas, entre hijos, hijas, yernos, nueras y nietos, mi lugar estaba siempre a la derecha del tatita. Iniciábase amena charla entre los dos; quería enseñarme a tomar vino tinto, aunque a mi no me gustara. Yo no tenía costumbre de beberlo y lo rechazaba con repugnancia. Él, con aire burlón, me decía:

-Mal hecho que no te enseñen a tomarlo; no hay mejor cosa en el mundo que esto -aseguraba al levantar la copa mirando al trasluz el fino néctar francés-. Tú todavía te vas a casar con un alemán borracho- me decía riéndose a carcajadas.

-¡ja! ¡ja! Tatita, no diga eso; en todo caso me casaré con un francés borracho, nunca con un alemán, porque papá dice que son muy brutos. Si he de aprender a tomar vino, tendré que empezar por el blanco, no por el tinto- añadí con toda pillería- porque él pertenecía al partido colorado.

-Malo, malo; alguien te mete ideas falsas en la cabecita. Me parece que tú eres blanca ¿no?.

Se oyeron en el ambiente risas y comentarios, haciéndome a mí el blanco de todas las bromas.

Mis tíos, los maridos de las hermanas de mi madre, que eran todos nacionalistas, me enseñaban la lección y me convencieron con sus pláticas de que el partido blanco era el más noble y tradicional.

Lys, Carmen. En *Algunos Recuerdos*,

Editorial Zig-Zag S.A., Santiago de Chile 1946, Pág. 21 y 22

Selección: Paula Cordero

La vergüenza

De tiempo en tiempo llegaban visitas a Piedra Azul. Visitas que venían a almorzar, o visitas que venían a pasar algunos días. Estas últimas eran por lo común tíos, primos o amigos íntimos de Papá o Mamá, viejas amistades en suma, cuyos rostros familiares no llegaban a asustarnos. Pero ¡ay! Las visitas que venían a almorzar. Aquello era terrible. Empezaba porque Evelyn nos bañaba y nos vestía a todas desde muy temprano, y después de recomendarnos varias veces muy severamente que no jugáramos con tierra, ni nos entretuviéramos en meter un pie dentro del barreño de beber las gallinas, para mayor seguridad acababa por encerrarnos en una gran pieza esterada entre cuyos ámbitos nuestra limpieza quedaba firmemente garantizada. Allí, en la feliz ignorancia de lo que nos esperaba, dentro de unos pantalones que avanzaban con insolencia y candor hasta la orilla de las botas, y unas faldas tiesas y anchísimas mucho más cortas que los pantalones, tal cual si fuéramos un rebaño de azucareras o de compoteras invertidas, nos paseábamos con orgullo de un lado a otro. Por fin llegaban las visitas. Al divisarlas, corríamos todas a ponernos de espaldas en un rincón, la frente obstinadamente adherida a la pared, o nos cubríamos el rostro con los brazos cruzados y apretadísimos en actitud de supremo pudor que nadie elogiaba. Mamá decía cantando y calderoneando más que nunca:

- ¡Sí! es que son unas montunas! ¡Son unas mismas salvajes! ¡Le tienen pena a sus propias sombras! ¡Figúrense que nunca han salido de la hacienda!

Yo no sé cuál de las dos cosas nos impresionaba más: si el espectáculo aterrador de aquellos rostros desconocidos, que nos hablaban sonriendo y querían a toda costa besarnos y vernos la cara, o si la actitud inusitada que desde el primer momento, al sólo anuncio de las visitas, asumía Mamá. ¡Ah, es que Mamá era el colmo de la amabilidad! Su don de gentes, contenido de ordinario dentro de los cuatros corredores de la casa Piedra Azul, se desbordaba impetuoso a la primera oportunidad y era sencillamente un torrente, un diluvio universal de finuras, sonrisas, obsequios y cumplidos. Al igual de nosotras, ella también se vestía desde temprano, y agitadísima empezaba a recorrer la casa descubriendo manchas a diestra y siniestra, cambiando los tapetes de las mesas y poniendo ramos de flores en todas partes.

De la Parra, Teresa. En *Las Memorias de Mamá Blanca*,
Editorial Pax-México, México D.F., 1952, Pág. 13
Selección: Valeria Pérez Vega

Relación con los abuelos

Amistad intergeneracional

“Mi abuelo Ramón era un viejecito chaparro, moreno, cabezudo y más feo que mi padre y yo. Vivía en Guadalajara, pero algunas temporadas las pasaba con nosotros en nuestro pueblo. Desde que llegaba se convertía en mi compañero inseparable y juntos recorriamos las calles de arriba abajo.

Al atardecer acostumbábamos a sentarnos en el puente, por donde pasaban arrieros y aguadores. Mientras duraba el descanso, él, con su navaja, me labraba varitas de membrillo, adornándolas con águilas, serpientes y florecillas.

Me contaba historias religiosas de Jesús, que yo interrumpía con algún razonamiento profano:

- ¿Jesús tuvo mujer, abuelo?
- No, hijo, ¡qué disparate!
- ¿Hijos, tuvo?
- Tampoco.
- Pues me hubiera gustado ser hijo suyo para que me hiciera pajaritos de lodo que volaran”.

Romero, José Rubén. En *Apuntes de un Lugareño*, Editorial Quimantu, Santiago Chile, 1972, Pág. 12.
Selección: Carolina Alcaíno

“En la plaza San Sulpicio, de la mano de mi tía que no sabía hablarme muy bien, me pregunté de pronto: “¿Cómo me ve?”, y sentí un agudo sentimiento de superioridad: porque yo conocía mi interior y ella lo ignoraba, engañada por las apariencias, no sospechaba, viendo mi cuerpo inacabado, que dentro de mí nada faltaba; me prometí no olvidar cuando fuera mayor que a los cinco años uno es un individuo completo. Es lo que negaban los adultos cuando me demostraban condescendencia y me ofendían. Tenía susceptibilidades de inválido. Si la abuelita hacía trampa en las cartas para hacerme ganar, si tía Lili me proponía una adivinanza demasiado fácil, entraba en trance. A menudo sospechaba que las personas mayores representaban comedias; las apreciaba demasiado para imaginar que se engañaran a sí mismas: suponía que se las inventaban a propósito para burlarse de mí.

Al final de una comida de cumpleaños el abuelito quiso hacerme brindar: tuve un ataque. Un día que había corrido, Louise tomó un pañuelo para secar mi frente bañada en sudor: me debatí, huraña; su gesto me parecía falso.

En cuanto presentía, razonablemente o no, que abusaban de mi ingenuidad para manejarme, me rebelaba.

De Beauvoir de Simone. En *Memorias de una joven formal*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1986, Pág. 15..
Selección: Carolina Jara

Relación con Dios y los abuelos

Confusión

Mi abuelo me llevaba a la iglesia a las primeras vísperas del sábado y a la misa mayor del domingo. Hasta en el templo sabía distinguir con que Dios tenía que habérmelas; todo cuanto el cura y el diácono recitaban se refería al Dios del abuelo, mientras que los chantres alababan al de la abuela. El Dios del abuelo me inspiraba espanto y odio. No quería a nadie, vigilaba a todas las criaturas con ojos severos; y lo que él veía y buscaba en nosotros ante todo era el mal, el pecado, la infamia. Tenía una idea muy clara de que él no creía en el hombre, que él esperaba siempre la contención de sus faltas y que él se complacía en castigar.

En aquella época, el pensamiento de Dios componía el principal alimento de mi alma; era lo más bello de mi vida. Las demás impresiones me ofuscaban por su crueldad, su villanía, y no conseguían más que inspirarme repugnancia o indignación. junto a mí, Dios era cuanto había de luminoso y mejor; me refiero al Dios de mi abuela, el amigo de la creación y, naturalmente, me preguntaba, ¿por qué mi abuelo no veía a ese Dios tan bueno?.

Gorki, Máximo. En *Mi Vida en la Niñez*, Editorial Madrid, Madrid España, Pág. 164
Selección: Paula Cordero

Relación con los ancianos

“¡ Pobre! ¡ Qué antipático este niño! Casi no es un niño: es un viejo-niño; o un niño-viejo... ¿por qué no juega con los demás, en vez de andar preguntando cosas tontas y visitando a cuanto viejo encuentra?” Y yo seguía a los ancianos a todas partes, embrujado por su ceceo, por su cojera, por ese aroma tan particular que tienen los que transitan cerca de la muerte... Cuando mis padres me llamaban yo no siempre obedecía, prefería quedarme interrogando a alguien, embobado en las barrocas locuras de algún viejo.

Donoso, José. En *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*, Editorial Alfaguara, Santiago de Chile 1996, Pág. 16-17
Selección: Natalia Yáñez

Relación entre pares de distinto género

Amistad y carencia de prejuicios

... Allí pasaba horas jugando con Martín, el hijo de la nana; crecíamos juntos comiendo yuyo fresco. Jugábamos ansiosos, corríamos desesperados como si el tiempo se nos fuera a acabar en cualquier momento, compartíamos las mismas experiencias.

La orden de papá era que no podíamos estar juntos, pero siempre nos arreglábamos para divertirnos, con la ayuda de mi mamá. Martín juraba que nunca se iba a separar de mí. Me había hecho la promesa de estar y jugar siempre juntos y de que nunca nadie se metería en nuestras vidas.

Un día nos descubrió papá: ¡esto se acabó!- gritó con voz estentórea en la que la ira se dejaba sentir. No quiero que juegues más con mi hija- dirigiéndose furioso a Martín”.

Valdivieso Práxedes. En *Yo también fui retardada mental*, Editorial LOM, Santiago, Chile, 1999, Pág. 16
Selección: Carolina Jara

Diferencias de género

“¿Quieres jugar a las muñecas?

- No, ¿tú crees que soy una niña, como tú? Tú eres una niña pero yo no, ¡tonta!

- El tonto serás tú. ¡Mamá, Camilito me llamo tonta!

Desde dentro se oyó la voz de la tía Teresa.

- Estaos quietos, tengamos la fiesta en paz.

Yo le saqué la lengua a la prima Ofelia.

- Mamá. Camilito me está haciendo burla!

Volvió a oírse la voz de la tía Teresa.

- Déjalo, Ofelita, ¿no ves que es pequeño? Camilito, sé bueno, ven aquí.

- Voy, tía Teresa.

Desde la puerta volví a sacarle la lengua a la prima Ofelia.

Pude llegar hasta la tía Teresa antes de que Ofelita me tirase de los pelos; me libré por tablas.

- Vamos, daos un beso, que yo os vea.

Ofelita y yo nos dimos un beso, pero yo le llené la cara de babas.

- Mamá, Camilito me lleno la cara de cuspe a propósito...

Al cabo de un rato se me fueron las malas inclinaciones y me pasé el resto de la mañana jugando a las muñecas con Ofelita; fui feliz, casi muy feliz.

- Oye Ofelita esto de ser niña no es malo, igual que ser niño, pero al revés. Lo que pasa es que tú eres niña y yo no, yo soy niño.

- Claro.

- Oye, Ofelita, ¿tú sabes en que se distinguen los niños de las niñas?

- No, yo no.

- ¡Pues, en el vestido, tonta! ¿Tú has visto alguna vez un niño un poco mayor con faldas?

- Claro... ¿y si están desnudos?

Yo me quedé pensativo; la pregunta me cogió un poco de sorpresa.

- Pues si están desnudos se distinguirán por el pelo, digo yo. Los niños gastamos flequillo y las niñas, en cambio, lleváis trenzas.

- No... Oye, ¿y si le cortasen el pelo al rape a todo el mundo?

- ¡Anda, eso esta bien claro! Si le cortasen el pelo al rape a todo el mundo seríamos todos iguales y no habría niños ni niñas. A lo mejor era mejor así."

Cela, Camilo José. En *La cucaña/ la rosa: memorias de Camilo José Cela*, 1959, Pág. 160

Selección: Loreto Rodríguez Contreras

Relación con uno mismo o conciencia de sí

..."Una vez alguien me habló de la voz de la conciencia y cavilando sobre la frase, llegué a pensar que, como yo no oía una voz articulada mi alma estaba perdida. Pase unos días miserables hasta que estando solo con unas de mis tía oía un susurro en mis oídos: ¡"Que bromista eres"! Al principio pensé que era mi tía quien había hablado, pero luego, cuando me di cuenta de que no era así, saque la conclusión de que era la voz de mi conciencia y volví a ser feliz. Desde ese día he sentido siempre esa voz en momentos de crisis, pero ahora es una voz que suena dentro de mi cabeza, sobresaltante y repentina. No me dice que hacer, pero a menudo me amonesta. Puede llegar a decir: "Eso es injusto", refiriéndose a algún pensamiento y una vez que me quejaba de que una oración no había sido oída, dijo: "Has sido ayudado"...

Yeats, W.B. En *Ensueños sobre la infancia y la juventud*,
Monte Ávila Editores

Selección: Soledad Salamanca Gallardo

Más adelante aprendí algunas defensas, pero mis exigencias aumentaron: bastaba para herirme el que me trataran como a un bebé; limitada en mis conocimientos y en mis posibilidades, no por eso dejaba de considerarme una verdadera persona. En la Place Saint-Sulpice, de la mano de mi tía Marguerite que no sabía hablarme muy bien, me pregunté de pronto: "¿Cómo me ve?", y sentí un agudo sentimiento de superioridad: porque yo conocía mi interior y ella lo ignoraba engañada por las apariencias, no sospechaba, viendo mi cuerpo inacabado, que dentro de mí nada faltaba; me prometí no olvidar cuando fuera mayor que a los cinco años uno es un individuo completo.

De Beauvoir, Simone. En *Memorias de una joven formal*,
Editorial Edhasa, Barcelona, España, 1980, Pág. 17

Selección: Leslie Lillo

Conciencia de sí, identidad de género y autodeterminación

“En mis juegos, mis reflexiones, mis proyectos, nunca me transformé en hombre; toda mi imaginación se empleaba en anticipar mi destino de mujer: yo acomodaba ese destino a mi manera. No sé por qué, por el hecho es que los fenómenos orgánicos dejaron de interesarme muy pronto. En el campo yo ayudaba a Madelaine a dar de comer a sus conejos, a sus gallinas, pero esas tareas me aburrían enseguida y era poco sensible a la suavidad de una piel, o de una pluma. Nunca me han gustado los animales. Rojizos, arrugados los animaluchos de ojos lechosos me importunaban. Cuando me disfrazaba de enfermera, era para recoger heridos de los campos de batalla pero no los cuidaba. Un día, en Meyrignac, administré con una jeringa de goma un simulacro de lavativa a mi prima Jeanne cuya sonriente pasividad incitaba al sadismo: no tengo ningún otro recuerdo que se asemeje a este. En mis juegos solo admitía la maternidad a condición de negar los aspectos alimenticios. Despreciando a las demás niñas que se divierten en ella con incoherencia, teníamos, mi hermana y yo, una manera particular de considerar a nuestras muñecas; sabían hablar y razonar, vivían dentro del mismo tiempo de nosotras, con el mismo ritmo, envejecían veinticuatro horas por día: eran nuestros dobles. En realidad, yo era más curiosa que metódica, más fervorosa que detallista, pero solía perseguir sueños esquizofrénicos de rigor y de economía; utilizaba a “Blondine” para saciar esa manía. Madre perfecta de una niñita modelo, dispensándole una educación ideal de la que ella sacaba el mayor provecho, recuperaba mi existencia cotidiana bajo la imagen de la necesidad. Aceptaba la discreta colaboración de mi hermana a la que ayudaba imperiosamente a educar a sus propios hijos. Pero no aceptaba que un hombre frustrara mis responsabilidades: nuestros maridos viajaban. En la vida yo lo sabía, es totalmente distinto: una madre de familia está siempre flaqueada de un marido; mil tareas fastidiosas la abruman. Cuando evoqué mi porvenir, esas servidumbres me parecieron tan pesadas que renuncié a tener hijos propios; lo que me importaba era formar espíritus y almas: me haré profesora, decidí.

De Beauvoir, Simone. En *Memorias de una joven formal*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1986, Pág. 57..
Selección: Carolina Jara

“Me sentía el ombligo del mundo (en ocasiones, por fortuna, todavía me lo sigo creyendo) y era propenso a la tristeza y a la soledad, dos sensaciones que me hacían muy feliz. No me confesaba mi evidente egoísmo que, debo aclararlo, nada tenía que ver con la apetencia de los inmediatos bienes materiales. De noche, soñaba que volaba como los pájaros, aunque casi siempre a ras del suelo, y un día soñaba con llegar a ser un pintor importante. Nadie me metió miedo jamás y el miedo fue algo que tardé en descubrir.

Ni admitía la posibilidad de que hubiera en todo el mundo una mujer más bella que mi madre, a la que adoraba, y sentía admiración – al mismo tiempo que me notaba muy distante de él, mi padre. Tenía buena memoria y muy escasa voluntad. Era holgazán y poco amigo de estudiar. Tardé bastante tiempo en aprender a leer y escribir y tardé todavía más – aunque bien mirado, mucho menos de lo necesario – en perder la pureza, ese mágico estado que todo lo resuelva.”

Cela, Camilo José. En *Ser o no ser la cucaña la rosa: Memorias de Camilo José Cela*, 1959, Pág. 149
Selección: Loreto Rodríguez Contreras

Conciencia de los dones y cambios en uno mismo

...”Desde luego representar era lo que principalmente me desahogaba. Toda visita que llegaba a casa tenía que aguantarme mis pantomimas y mis comedias improvisadas en las que obligaba a actuar conmigo a mi hermana Inés, hoy respetable directora del Ateneo Femenino. Visto lo cual por mi padre,

resolvió aprovechar mis aficiones para tenerme el mayor tiempo en la casa y evitarme los amiguitos callejeros. Al efecto compuso unas dos comeditas de fondo muy religioso y moral y se las representamos mi hermana y yo con extraordinario éxito ante mis tías, los vecinos y las sirvientas de la casa. Por supuesto que a mí me gustaba más hacer el payaso y hubiera preferido que mi padre nos escribiera sainetes. Cuando indago las causas que cambiaron mi afición cómica por la dramática, pienso en la impresión que me hicieron dos grandes desgracias, una pública y la otra privada. Fue la primera el estallido y desarrollo de la guerra civil de los mil días y la segunda la incurable enfermedad de que padeció mi madre por el término de seis años y que no solamente me dejó prácticamente huérfano sino que entristeció definitivamente nuestro hogar con sombras trágicas de constante angustia. El martirio constante que ello le ocasionaba a mi padre, unido a sus justificadas preocupaciones por la suerte del país que entonces parecía tan negra, jamás se me ha olvidado”...

Alvarez Lleras, Antonio. En *Noticias Culturales*, Instituto Caro y Cuervo, N° 154, Bogotá, 1° de noviembre de 1973, Pág. 14-19
Selección: Soledad Salamanca Gallardo

Conciencia de sí y creatividad

La falta de confianza es tal vez mi mayor defecto. De cualquier modo esto es un hecho y es bastante doloroso tener que reconocerlo. Por eso he decidido escribir este diario; con el fin de inventarme una imagen de la amiga que tanto deseo. Quiero que este diario se convierta en mi amiga. Y esta amiga se llamará “Kitty”.

Frank, Ana. En *El diario de Ana Frank*, Editorial Colicheuque, Pág. 7
Selección: Patricia Estay Soza

Relación consigo mismo y con el propio nombre

Blanca Nieves, la tercera de las niñas por orden de edad y de tamaño, tenía entonces cinco años, el cutis muy trigueño, los ojos oscuros, el pelo muy negro, las piernas quemadísimas por el sol, los brazos más quemados aún, y tengo que confesarlo humildemente, sin merecer en absoluto semejante nombre Blanca Nieves era yo.

Siendo inseparables mi nombre y yo, formábamos juntos a todas horas un disparate ambulante que sólo la costumbre, con su gran tolerancia, aceptaba indulgentemente sin hacer ironías fáciles ni pedir explicaciones. Como se verá más adelante, la culpa de tan flagrante disparate la tenía Mamá, quien por temperamento de poeta despreciaba la realidad y la sometía sistemáticamente a unas leyes arbitrarias y amables que de continuo le dictaba su fantasía. Pero la realidad no se sometía nunca. De ahí que Mamá sembrara a su paso con mano pródiga profusión de errores que tenían la doble propiedad de ser irremediables y de estar llenos de gracia. “Blanca Nieves” fue un error que a mis expensas, durante mucho tiempo, hizo reír sin maldad a todo el mundo. Violeta, la hermanita que me llevaba trece meses, era otro error de orden moral mucho mayor todavía. Pero eso lo contaré más adelante. Básteme decir, por ahora, que en aquellos lejanos tiempos mis cinco hermanitas y yo estábamos colocadas muy ordenadamente en una suave escalerilla que subía desde los siete meses hasta los siete años, y que desde allí, firmes en nuestra escalera, reinábamos sin orgullo sobre toda la creación. Esta se hallaba entonces encerrada dentro de los límites de nuestra hacienda Piedra Azul, y no tenía evidentemente más objeto que el de alojarnos en su seno y descubrir diariamente a nuestros ojos, nuevas y nuevas sorpresas.

De la Parra, Teresa. En *Las Memorias de Mamá Blanca*.

Relación con los animales

“En 1912, el Dalai Lama regresó una vez más a Lhasa. Durante su ausencia, en aquellos días tan difíciles, mi padre y otros del Gabinete tuvieron toda la responsabilidad de gobernar el Tibet. Mi madre decía que desde entonces el carácter de nuestro padre no era el mismo. Realmente no tenía tiempo para dedicarse a nosotros, los niños, y en ningún momento sentimos su afecto paternal. Yo, en particular, parecía provocar sus iras, y fui abandonado a la escasa misericordia de Tzu, “para hacer o romper”, como decía mi padre.

Mi desdichada actuación sobre un pony era una ofensa personal para Tzu. En el Tibet, a los chiquillos de la clase alta se les enseña a montar a caballo casi antes de que caminen. La habilidad a caballo es esencial en un país donde no hay tránsito sobre ruedas, donde todos los viajes tienen que hacerse a pie o a caballo. A veces jinetes muy adiestrados galopan en formación por un llano, y cambian de caballo saltando de una montura a otra. ¡A mí, a los cuatro años, me resulta difícil mantenerme sentado en una montura!

Mi pony, Nakkin, era peludo y de larga cola. Había inteligencia en su cabeza pequeña. Conocía un número asombroso de maneras de arrojar a un jinete inseguro. Una de sus bromas favoritas era correr un trecho, detenerse de golpe y bajar la cabeza. Cuando yo me deslizaba, sin poder evitarlo, por su cuello, hasta la cabeza, él la levantaba con un rápido movimiento de modo que yo daba un salto mortal completo antes de caer al suelo. Después se quedaba quieto y me contemplaba con burlona complacencia”.

Rampa, Lobsang. En *El Tercer Ojo*,
Editorial Troquel, Argentina, 1958, Pág. 15
Selección: Arlette Valdés

“Siempre me pareció una blasfemia ofender y empobrecer la taiga quebrando sin razón aún la rama más pequeña. Y, aunque no soy del todo vegetariano, tengo por bárbara la destrucción de animales y pájaros que ningún mal han hecho a los hombres.

Recuerdo que una noche de invierno mis primos llegaron a nuestra casa en la taiga. Bebieron ruidosamente toda la noche, cantaron con sus roncadas voces largas canciones —largas, como los ríos rusos. Después apagaron el fuego y se hundieron en el sueño.

Me deslicé en pantuflas y en pijamas para beber un vaso de agua. Repentinamente, me golpeé con algo que desprendía un extraño sonido sordo.

Tanteé en la oscuridad para encontrar los fósforos, y a su luz incierta, vi, derribado uno sobre otro, como petrificados por el frío siberiano (en el exterior hacia 40° bajo cero) dos corzos, las patas en dirección al techo. Sus grandes ojos me miraban de una manera completamente humana, como para preguntar algo.

Me arrodillé, comencé a darles masaje, después soplé sobre ellos. No ocurrió nada. De pronto, al mirar a uno de ellos, noté un hilillo de sangre sobre su frente casi infantil. Y me puse a llorar cálidas lágrimas, mientras seguía estrechando a los dos corzos muertos.

Mis primos despertaron, me llevaron a la fuerza a mi lecho, sorprendidos de verme tan afectado. Les parecía absurdo que un muchachito pudiera llorar la muerte de unos corzos cuando tenía tanta sangre humana que corría en el mundo.

Evtushenko, Evgueni. En *Autobiografía Precoz*,
Editorial Era, México, 1963, Pág. 26 y 27
Selección: Carolina Arriagada

RELACIONES CON LO OTRO

Relación con la muerte

Incertidumbre

“En la noche del 23 de agosto de 1915, ya mediada, fuimos súbitamente despertados por el alarido de dolor u angustia de mi padre y los sollozos de mi madre. Entramos a su alcoba: En el lecho, mi padre se arrodillaba, levantando los brazos, y trataba vagamente de ayudarse para respirar pero sus gemidos iban siendo cada vez más débiles. Hizo un esfuerzo más todavía, y se puso de pie, encima de la cama, alzó los brazos otra vez, y por último se derrumbó, sin aliento, con el rostro casi negro, congestionando, la boca abierta para tratar de recoger una brizna de aire, y a los gemido anteriores siguió una especie de estertor que no duró mucho tiempo. A la orilla de la muerte nos miró a todos, arrodillados alrededor del lecho, y mi madre nos gritó entre lágrimas, que llamáramos a alguien, pero obviamente en la ciudad nueva para nosotros no teníamos a quién acudir porque de allí a poco aparecieron a dar voces. Alguien debió acudir porque de allí poco aparecieron dos padres de la Compañía de Jesús que rezaron sobre el cadáver de mi padre la oración de los agonizantes, echaron bendiciones, aconsejaron a mi madre resignación, y desaparecieron. Jamás hasta entonces, me he sentido tan solo, tan desamparado, como esa noche helada del 24 de agosto, en que murió mi padre”.

Lleras, Alberto. En *Memorias*. É! Ancora editores, Colombia - Bogotá 1997, Pág. 119 y 120.
Selección: Lorena Marín Marín

Terror e incomprensión

Junto a la ventana, en una pequeña habitación, casi a oscuras, todo vestido de blanco, y extraordinariamente largo, mi padre estaba tendido en el suelo. Los dedos de sus pies desnudos, animados de un extraño movimiento, apartábanse espasmódicamente uno de otro, mientras las falanges acariciadoras de sus manos, posadas con resignación sobre el pecho, seguían obstinadamente contraídas.

La alegre mirada de sus ojos claros habíase extinguido; su rostro, tan bondadoso de ordinario, aparecía sombrío, y la visión de sus dientes, entre las mandíbulas distendidas llenaba mi corazón de un vago terror.

A medio vestir, con una falda roja, mi madre se había arrodillado junto a él, y, con ayuda de un peinecillo negro que yo suelo emplear para aserrar las cáscaras de las sandías, va apartando los largos y suaves cabellos de mi padre, que obstinadamente le caían sobre la frente. Sin descanso, con pastosa y ronca voz, hablaba ella, y sus ojos grises, hinchados por las lágrimas, destilan como témpanos al deshelarse.

Mi abuela me tiene cogido por una mano; es una mujer regordeta, con una cabeza grande y enormes ojos, bajo los cuales brota una nariz cómica y blanducha. Toda su persona aparece muelle y asombrosamente interesante. Lloro también, acompañando con una particular armonía, realmente agradable, los sollozos de mi madre. Sacudida por escalofríos continuos, me atrae y me empuja hacia mi padre; mas yo me resisto y me oculto tras ella, pues estoy inquieto y medroso.

Jamás hasta aquel día, había visto llorar a las personas mayores, y no lograba entender las palabras que me repetía mi abuela:

-Di adiós a tu padre; ya no le volverás a ver: ha muerto el pobrecillo, ha muerto demasiado pronto; su hora no había llegado aún.

Gorki, Máximo. En *Mi Vida en la Niñez*, Editorial Madrid, Madrid España, Pág. 17 y 18

“Pocas cosas turbaban mi tranquilidad. Encaraba la vida como una aventura dichosa; contra la muerte, la fe me defendía: cerraría los ojos, y en un santiamén, las níveas manos de los ángeles me transportarían al cielo. En un libro de canto dorado leí un apólogo que me colmó de certidumbre; un gusanito que vivía en el fondo de un estanque se inquietaba; uno tras otro sus compañeros se perdían en la noche del firmamento acuático.

¿Él también desaparecería?. De pronto, se encontró del otro lado de las tinieblas: tenía alas, volaba, acariciado por el sol, entre flores maravillosas. La analogía me pareció irrefutable; un leve tapiz de cielo me separaba de los paraísos donde resplandecía la verdadera luz; a menudo me acostaba sobre la alfombra, los ojos cerrados, las manos juntas, y ordenaba a mi alma que se escapara. Era solo un juego; si hubiera creído que era mi última hora habría gritado de terror. Al menos la idea de la muerte no me asustaba. Una noche, sin embargo, el vacío me estremeció. Estaba leyendo: Al borde del mar una sirena se moría; por el amor de un hermoso príncipe, había renunciado a su alma inmortal, se transformaba en espuma. Esa voz que ella repetía sin tregua: “Aquí estoy”, se había callado para siempre: me pareció que el Universo entero se había hundido en el silencio. Pero no, Dios me prometía la eternidad: nunca dejaría de ver, de oír, de hablarme. No habría fin.

De Beauvoir, Simone. En *Memorias de una joven formal*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1986, Pág. 51..
Selección: Carolina Jara

Angustia

“...Estábamos sentados a la mesa; Anna almorzaba con nosotros. Mis padres estaban tristes porque se habían enterado por la mañana de la muerte de un niño de cuatro años, hijo de nuestros primos Widmer; yo no conocía todavía la noticia, pero la comprendí por algunas palabras que dijo mi madre a Nana. Sólo había visto dos o tres veces al pequeño Émile Widmer y no sentía por él una simpatía muy particular, pero apenas comprendí que había muerto, un océano de pesar estalló de pronto en mi corazón. Mamá me puso entonces en sus rodillas y trató de calmar mis sollozos; me dijo que todos debemos morir, que el pequeño Émile estaba en el cielo, donde no hay lágrimas ni sufrimientos; en resumen, todo lo que su ternura se imaginaba más consolador. De nada sirvió todo ello, pues no era precisamente la muerte de mi primito lo que me hacía llorar, sino yo no sabía qué, una angustia indefinible y que no era sorprendente que no supiese expresar a mi madre, pues todavía hoy en día no la puedo explicar mejor...”.

Gide, André. En *Si la semilla no muere..*, Editorial Losada S.A, Buenos Aires. 2da Edición 1956. Pág. 96 y 97
Selección: Estefanía Borbaran Véliz

“Papá seguía atormentándose con el recuerdo de su hermano muerto, de cómo su primera esposa había muerto ahogada, como la habían encontrado hinchada, destrozada. Papá decía: ¡yo trate, traté de tomarle la mano, pero la corriente la arrastraba! Sus sueños lo desvelaban. En las noches nos mandaba a dormir al patio. Mi hermana mayor inventaba cuentos y decía que estábamos presas bajo el dominio de un rey malvado y que las hojas eran nuestras frazadas. Nuestro padre entre tanto gritaba. Desde el interior de la casa lo oíamos pelear con mamá. Mi hermana me calmaba diciendo que todo era un juego y nada más. Tía Matilde no podía hacer nada, se escondía en la oscuridad, y a veces, se escuchaban sus sollozos y lamentos. Yo pensaba que al otro día vendrían la señora Rosa y Martín, y eso me hacía vivir”.

“Al día siguiente como si no hubiese pasado nada, nadie hablaba del tema, pero la angustia quedaba y la sensación de frío también”.

Valdivieso Práxedes, En *Yo también fui retardada mental*, Editorial LOM, Santiago, Chile, 1999, Pág. 17.
Selección: Carolina Jara

Relación con el misterio y lo misterioso

“...El liceo era un terreno de inmensas perspectivas para mis seis años de edad. Todo tenía posibilidad de misterio. El laboratorio de física, al que no me dejaban entrar, lleno de instrumentos deslumbrantes, de retortas y cubetas. La biblioteca, eternamente cerrada. Los hijos de los pioneros no gustaban de la sabiduría. Sin embargo el sitio de mayor fascinación era el subterráneo...”

Neruda, Pablo. “Biografía de cien autores”, en *Enciclopedia de las tareas escolares* Editorial Lo Castillo, 1986, Pág. 10

Angustia y miedo del otro mundo

“Comenzó a surgir en mi mente una extraña idea. Yo no dudaba de que, si mi tío hubiera vivido, me habría tratado bien. Y en aquellos momentos, mientras miraba el lecho y las paredes sombrías, y también de vez en cuando al espejo que daba a todas las cosas un aspecto fantástico, principié a rememorar ocasiones en que oyerá hablar de muertos salidos de sus tumbas para vengar la desobediencia a sus últimas voluntades. Pensé que bien pudiera suceder que el espíritu de mi tío, indignado por los padecimientos que se me infligían a la hija de su hermana, surgiese ya de la tumba de la iglesia, ya del mundo desconocido en que moraba, y se presentase en aquella habitación para consolarme. Yo sospechaba que tal posibilidad, muy confortadora en teoría, debía ser terrible en la realidad. Traté de tranquilizarme, aparte el cabello que me caía sobre los ojos, levanté la cabeza y trate de sondear las tinieblas de la habitación.

En aquel instante, una extraña claridad se reflejó en la pared. ¿Será un rayo de luna que se desliza entre las cortinas de las ventanas? Me pregunté, pero la luz de la luna no se mueve, y aquella luz cambiaba de lugar. Por un momento se reflejó en el techo y luego osciló sobre mi cabeza.

Ahora a través del tiempo transcurrido, conjeturo que tal luz provendría de alguna linterna que, para orientarse en la oscuridad, llevase alguien que cruzara el campo, pero entonces predispuesta mi mente a todos los horrores, en tensión todos mis nervios, pensé que aquella claridad era quizás el preludio de una aparición del otro mundo. El corazón me latía apresuradamente, las sienes me ardían, mis oídos percibieron un extraño sonido como el apresurado batir de unas alas invisibles, y me pareció que algo terrible y desconocido se me aproximaba. Me sentí sofocada, oprimida...”

Bronte, Charlotte: “Jane Eyre”, Colección Austral, Espasa Calpe.
Golden, Arthur: “Memorias De una Geisha”.
Selección: Daniza Reestovic Gárate

El misterio de la fiesta

Yo estoy ya acostado, pero un extraño rumor, una conmoción que recorre la casa de arriba abajo, juntamente con ondas armoniosas, apartan de mí el sueño. Sin duda he observado preparativos durante el día. Sin duda me han dicho que habría un baile esa noche. Pero, ¿sabía yo lo que es un baile? No le había atribuido importancia y me había acostado como las otras noches. Pero ese rumor de ahora... Escucho; trato de percibir algún ruido más claro, de comprender lo que ocurre. Presto oídos. Al fin, no pudiéndome ya contener, me levanto, salgo del dormitorio a tientas, recorro el pasillo

oscuro y, descalzo, llego a la escalera llena de luz. Mi habitación está en el tercer piso. Las ondas sonoras suben del primero, y, a medida que me acerco de peldaño en peldaño, distingo ruidos de voces, roces de telas, cuchicheos y risas. Nada tiene el aspecto acostumbrado; me parece que voy a ser iniciado de pronto en otra vida, misteriosa, diferentemente real, más brillante y más patética, y que comienza solamente cuando los niños pequeños están acostados. Los pasillos del segundo piso, enteramente oscuros, están desiertos; la fiesta es abajo. ¿Seguiré avanzando? Van a verme. Van a castigarme por no dormir, por haber visto. Paso mi cabeza a través de los hierros de la barandilla. Precisamente llegan invitados, un militar de uniforme, una dama llena de cintas, vestida completamente de seda; tiene un abanico en la mano; el criado, mi amigo Víctor, a quien no reconozco al principio a causa de sus calzones y de sus medias blancas, permanece ante la puerta abierta del primer salón e introduce. De pronto alguien salta hacia mí; es Marie, mi niñera, quien como yo trataba de ver, escondida un poco más abajo, en el primer ángulo de la escalera. Me toma en sus brazos; yo creo al principio que va a llevarme de nuevo a mi habitación y encerrarme en ella; pero no, quiere bajarme, al contrario, hasta el lugar en que estaba, desde donde la vista capta una pizquita de la fiesta. Ahora oigo perfectamente bien la música. Al son de instrumentos que no puedo ver unos señores remolinean con damas engalanadas, todas las cuales son mucho más bellas que las del mediodía. La música cesa; los bailarines se detienen, y el ruido de las voces reemplaza al de los instrumentos. Mi niñera va a llevarme a mi habitación, pero en ese momento una de las bellas damas que permanece en pie y que se abanica apoyada cerca de la puerta me ve; se acerca de mí, me besa y ríe porque no la reconozco. Es evidentemente esa amiga de mi madre a la que he visto precisamente esa mañana pero de todos modos no estoy muy seguro de que sea del todo ella, ella realmente. Y cuando vuelvo a encontrarme en mi cuarto tengo las ideas embarulladas y pienso, antes de sumirme en el sueño, confusamente: hay la realidad hay los sueños; y además hay *una segunda realidad*.

Gide, André. En *Si la semilla no muere...*
Editorial Losada S.A., Buenos Aires, Argentina, 1951, Pág. 19 y 20
Selección: Valeria Pérez Vega

Lo humano y lo divino

“En la iglesias, hay santos muy bonitos; rostros ovalados color de rosa, sin arrugas ni espinillas; me gusta la Virgen grande de colores fuertes y San Miguel. Yo quisiera ser como San Miguel y vestirme lo mismo. En esos tiempos usaban trajes de príncipes ornados de corazas y diademas de oro. La música de las iglesias es tediosa; los curas, amargos y feos. ¿Por qué los santos son bonitos y jóvenes, y los curas feos y viejos? El cura habla. Está muy enojado. Dice que toda la gente es mala. Nos reta con su voz ronca. Dice que antes de venir Nuestro Señor a la tierra el diablo era un perro suelto; después de venir, el Diablo es un perro amarrado; solamente puede morder a los tontos. Yo pienso en el perro de la quinta, que pasa amarrado. ¿Será el Diablo? En todo caso, me parece más bonito San Miguel que Nuestro Señor. Mirando a San Miguel me pongo a cabecear. ¡Cuándo acabará eso! No se puede hacer preguntas en la misa”.

Edwards, Joaquín. En *En el Viejo Almendral*.
Editorial Andrés Bello, Santiago Chile, 1983, Pág. 9
Selección: Carolina Alcaíno

Lo sagrado

El niño no podía prestar a este Ser una figura determinada, por lo cual le buscaba en sus obras y quería erigirle un altar a la manera del Antiguo testamento. En este altar había productos naturales que representasen alegóricamente el mundo, y sobre ellos ardería una llama que significaría el corazón de los hombres ascendiendo hacia su Creador. Recogí al efecto, de la colección de minerales, los ejemplares más preciosos; pero la dificultad estaba en como habían de ser dispuestos. Mi padre poseía un atril de música muy hermoso, barnizado en rojo y con flores doradas, de forma piramidal con cuatro

caras y con distintas gradaciones, que resultaba muy cómodo para cuartetos, aunque en el último tiempo se usaba muy poco. Me apoderé de él y fui colocando gradualmente los distintos representantes de la Naturaleza, logrando que adquiriese un aspecto agradable y al mismo tiempo serio.

Sólo faltaba adorar a Dios un día al salir el sol; pero el pequeño sacerdote no había resuelto aún el modo de conseguir una llama que produjese un olor agradable. Casualmente consiguió su propósito gracias a unas mariposas que halló que daban una aroma muy simpático. Ciertamente que no eran propiamente una llama; pero la débil luz parecía expresar más exactamente lo que en el alma acontece que una llama deslumbrante. El sol había salido, pero las casas vecinas lo tapaban. Por fin apareció sobre los tejados, inmediatamente cogí un espejo y encendí las mariposas, que estaban en una hermosa taza de porcelana. La cosa salió perfectamente y quedé satisfecho de la ceremonia. El altar quedó como un adorno de la habitación de la nueva casa en que había sido colocado. La gente no veía en él sino una colección de minerales bellamente dispuesta; sólo yo conocía el verdadero significado.

Goethe J. W. En *Memorias de mi niñez*,
Colección Austral, Pág. 42
Selección: Patricia Estay Soza

Relación con el conocimiento

...“Está dicho que crecí en un ambiente impregnado de ciencia, literatura y pedagogía. Mi madre misma fue maestra por pura esencia hasta tal punto que para ella hubiera constituido una vergüenza que alguno de nosotros hubiera entrado al colegio a iniciar estudios y no a segundo o tercer año de bachillerato, como lo obtuvo mediante sus admirables sistemas de pedagogía casera. Cuando mis tíos me querían entretener me mostraban aparatos de física y cuando pretendía jugar con mis primos me deslumbraban con sus precoces conocimientos en lenguas o geografía. Sospecho que por entonces no eran tantos y que me tomaban el pelo, pero de todos modos aquello era para mí demasiado impresionante y abrumador. Desde entonces me resigné a mi total incapacidad para la sabiduría. Confieso que me intrigaban mucho más sus ademanes y gestos, que luego en casa remedaba, que sus cachivaches raros y sus crucigramas algebraicos”...

Alvarez Lleras, Antonio. En *Noticias Culturales*, Instituto Caro y Cuervo,
Nº 154, Bogotá, 1º de noviembre de 1973, págs. 14-19.
Selección: Soledad Salamanca Gallardo

Relación con la naturaleza y la cultura

“El quillay fue el primer punto de contacto con los árboles de mi tierra. De su corteza se extrae una jabonosa sustancia que sirve, entre otros menesteres, para lavar el cabello. Me veo todavía inclinado sobre el lavatorio de porcelana floreada, apretando fuertemente los ojos y medio sofocado por el olor fresco y picante del quillay. Era una tragedia familiar ese día en que “se lavaba el pelo”. Toda la selva chilena complotaba para cegar al niño que se debatía entre los copos de espuma y los dedos bien abiertos de la sirvienta india, mesándole con furia sana y risueña...”

Subercaseaux, Benjamín. “Biografía de cien autores”, en *Enciclopedia de las tareas escolares*
Editorial Lo Castillo, 1986, Pág. 48
Selección: Elizabeth Cid

“Recuerdo la profunda impresión que me causaba en mi niñez el mar. Cuando me acercaba a él todo mi diminuto ser se estremecía; la brisa marina me enajenaba, el fragor de las olas me enardecía, los barcos que se balanceaban en las orillas me dirigían amables invitaciones, las gaviotas volando

sobre la inmensa llanura despertaban en mi corazón ansias locas de lo infinito. Era una mezcla de terror y de gozo. No podía hartarme de mirar y de sentir. Había una especie de fascinación en este abismo azul, verde, argentado que me hacía esperar siempre algo inefable y divino. ¿Qué nueva felicidad llegaría para mí? ¿Dónde se esconderían en ese momento? Mi espíritu daba vueltas, trazaba círculos como aquellas gaviotas sobre la fúlgida llanura. Pensaba en ver surgir de las olas figuras adorables, rostros divinos que me sonreían. Era el templo de Dios aquel abismo líquido y transparente de donde se alzaba una música que me inundaba de dicha y llenaba mis ojos de lágrimas.”

Palacio Valdés, Armando. En *La Novela de un Novelista*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1941, Pág. 9, 72 y 73
Selección: Evelyn García V.

Porque lo extraño de aquel jardín salvaje era que por designio o por descuido había solamente amapolas. Las otras plantas se habían retirado del sombrío recinto. Las había grandes y blancas como palomas, escarlatas como gotas de sangre, moradas y negras como viudas olvidadas. Yo nunca había visto tanta inmensidad de amapolas y nunca más los he vuelto a ver. Aunque las miraba con mucho respeto, con cierto supersticioso temor que solo ellos infunden entre todas las flores, no dejaba de cortar de cuando en cuando alguna cuyo tallo quebrado dejaba una leche áspera en mis manos y una ráfaga de perfume inhumano. Luego acariciaba y guardaba en un libro los pétalos de seda suntuosos. Eran para mí alas grandes, mariposas que no sabían volar.

Neruda, Pablo. En *Confieso que he vivido memorias*, Editorial Planeta Chilena S.A., Pág. 27
Selección: Patricia Estay Soza

Relación con la complejidad de las cosas

“A pesar de toda su benevolencia, no llegamos a entendernos sin algún embarazo de mi parte, pues mi profesor no pudo reprimir algunas observaciones burlonas sobre mi afición al hebreo. Yo callé lo del Judío-alemán y le hablé de que quería entender mejor el texto original, de los libros sagrados. Al oír esto se sonrió y me dijo que ya podía darme por satisfecho con aprender a leer. Esto me hirió interiormente, y cuando comenzamos con las letras concentré toda mi atención. Me encontré con un alfabeto semejante al griego, cuyos caracteres eran asequibles y cuyos nombres no me eran desconocidos en su mayor parte. Cuando hube entendido y tenía en la memoria todo aquello creí que pasaríamos a la lectura, que ya sabía había que hacer de derecha a izquierda. Pero de pronto apareció un nuevo ejército de letras y signos pequeños, de puntos y rayitas de todos géneros, cuya misión era representar las vocales, lo cual me produjo tanta mayor admiración cuanto que en el alfabeto grande había evidentemente algunas vocales y las demás sólo parecían estar escondidas bajo denominaciones exóticas. Entonces se me explicó que la nación Judía, en la época de florecimiento, se había conformado con los signos primeros y no había conocido otra forma de escribir y leer. Yo me hubiera atenido de buen grado a estos procedimientos antiguos, que me parecían más sencillos; pero mi profesor declaró con cierta sequedad que había que seguir la gramática tal como estaba concebida y redactada, y que el leer sin estos puntos y rayas era muy difícil y sólo lo lograban los entendidos a fuerza de ejercicio. Tuve que resignarme, pues, a aprender también estos signos; pero la cosa resultaba cada vez más confusa, pues a veces los grandes caracteres originarios no sonaban para que los pequeños signos que habían venido después y que aparecían colocados junto a ellos no estuvieran allí vanamente. Otras veces estos signos pequeñitos no indicaban más que un ligero soplo, el que un sonido gutural fuese más o menos fuerte, y en ocasiones sólo servían de apoyo y sustento. Y, por último, cuando uno creía haberlo comprendido todo, resultaba que pasaban a la reserva algunos

personajes, así de los antiguos como de los modernos, de manera que los ojos tenían siempre mucho que hacer y los labios muy poco”.

Goethe, Juan W. En *Memorias de mi niñez*, Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina S.A., 1951, Pág.119 y 120
Selección: Estefanía Borbaran Véliz

CREENCIAS

Confusión

“Los grandes misterios de la religión eran demasiados lejanos y demasiado difíciles para sorprenderme. Pero el familiar milagro de Navidad me hizo reflexionar. Me pareció incongruente que el omnipotente niño Jesús se divirtiera en bajar por las chimeneas como un vulgar deshollinador. Agité largamente la cuestión en mi cabeza y terminé por confiarme a mis padres que me confesaron la verdad. Lo que me sorprendió fue el hecho de haber creído tan sólidamente en una cosa que no era verdad, que pudiera haber certidumbres falsas. No saqué de ello conclusiones prácticas. No me dije que mis padres me habían engañado, que podrían seguir engañándome. Sin duda no les habría perdonado una mentira que me hubiera frustrado o herido; me habría sublevado y me habría vuelto desconfiada. Pero no me sentía más decepcionada que el espectador a quien el ilusionista explica uno de sus trucos, e incluso había sentido tal felicidad al descubrir junto a mi zapato a Blondine sentada sobre su baúl, que más bien les estaba agradecida a mis padres por su superchería.”

De Beauvoir Simone. En *Memorias de una Joven Formal*, Editorial Edhasa Barcelona, 1980, Pág. 23.
Selección: Luisa Gavia

No era escasa la confusión que todo esto producía en el espíritu infantil. Dios, el creador del cielo y la tierra, a quien la explicación del primer artículo de la fe mostraba tan sabio y misericordioso, no se había comportado muy paternalmente, en cuanto hizo caer la misma desdicha sobre justos e injustos. En vano trataba el ánimo tierno de hallar salida en este laberinto; cosa nada extraña, pues tampoco los sabios podían ponerse de acuerdo sobre la manera de interpretar tal fenómeno.

Goethe J. W. En *Memorias de mi niñez*, Colección Austral, Pág. 30
Selección: Patricia Estay Soza

Creencias falsas

Los grandes misterios de la religión eran demasiado lejanos y demasiado difíciles para sorprenderme. Pero el familiar milagro de la Navidad me hizo reflexionar. Me pareció incongruente que el omnipotente niño Jesús se divirtiera en bajar por las chimeneas como vulgar deshollinador. Agité largamente la cuestión en mi cabeza y terminé por confiarme a mis padres que me confesaron la verdad. Lo que me sorprendió fue el hecho de haber creído tan sólidamente en una cosa que no era verdad, que pudiera haber certidumbres falsas.

De Beauvoir, Simone. En *Memorias de una Joven Informal*, Editorial Edhasa, Barcelona, España 1980, Pág. 24
Selección: Carolina Véliz

Creencias sobre lo innombrable

... Conseguí un argumento a favor de la creencia. Una vaca estaba a punto de parir y yo fui al prado donde estaba la vaca con unos peones que tenían una linterna, y al día siguiente me dijeron que la vaca había parido en la madrugada. Le pregunte a todo el mundo como nacían los becerros y, como nadie supo decírmelo, saque la conclusión de que nadie lo sabía. Lo único cierto es que eran un don de Dios. Pero era evidente que nadie se había atrevido nunca a presenciar su llegada, y los niños seguramente llegaban al mundo de la misma manera. Tomé la resolución de que cuando fuese un hombre montaría guardia hasta ver llegar al becerro o al niño. Estaba seguro de que producía una nube y un estallido de luz, y que dios traería al becerro en la nube y lo sacaría de la luz.

W.B., Yeats. En *Ensueños sobre la infancia y la juventud*.
Editorial Monte Ávila, Caracas - Venezuela, 1986, Pág. 37 y 38.
Selección: Paula Suazo

CURIOSIDAD

Curiosidades e indagaciones

“El primer recuerdo que conservo con macabra claridad es el destripamiento que, a mis cuatro años de edad, hice de un pollo enfermo con apenas tres días de vida. Se me metió entre manos y dedos, la curiosidad de saber qué contenía adentro ese bombón amarillo de plumas de algodón. Le arranqué, primero, las patas, así, en vivo y en directo. No encontré nada. Luego, las alas. Menos que nada. Después, cogí su punzante boquilla: nada. Al fin, introdújele, a modo de bisturí, un palo puntiagudo y el polluelo se abrió de par en par. Entonces, descubrí tantas cosas juntas, revueltas, entrelazadas y palpitantes que todo aquello fue un puzzle imposible de resolver. Concluí, pues, mi faena con una sensación de misterio mayor que la curiosidad inicial de despejarlo”.

Carkovic, Antonio. En *Memorias de un profesor*,
Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile, 1980, Pág. 10
Selección: Luisa Contreras

“...Un día encontré una caja negra que estaba detrás de la estufa; inmediatamente me entró el deseo de averiguar lo que contenía, y sin pensarlo mas la abrí. El cuadro que contenía era de los que no se enseñan a todos, y aunque me apresuré a cerrar el cajón, no fue bastante, pues entró el conde y me sorprendió”. «¿Quién le ha autorizado a usted para abrir esa caja?» -me dijo con cara de teniente del rey-. Yo no supe qué responder, y él decretó muy serio el castigo: «En ocho días no pondrá usted los pies en esta habitación». Hice una reverencia y salí. Obedecí a la letra la orden, lo que molestaba bastante al buen Seekar, que era el que trabajaba entonces en el estudio; ,pero yo llevaba la obediencia a tal extremo, que cuando le llevaba el café lo dejaba a la puerta, por lo que tenía que levantarse y dejar su trabajo para recogerlo, lo que le indignaba tanto que casi se enfadó conmigo.”

Goethe, Juan W. En *Memorias de mi niñez*, Colección Austral,
Espasa-Calpe Argentina S.A, 1951, Pág. 86
Selección: Estefanía Borbaran Véliz

Yo, entretanto, esperaba el momento para hacer alguna de las mías. No me recreé jamás con las muñecas; chinche que caía en mis manos, lo destruía con el sólo propósito de averiguar si encontraría algo especial dentro de él. En ese momento me transformaba en el asesino llamado *Jack el Destripador*, que hace muchos años tuvo en zozobra a la población de Montevideo.

Lys, Carmen. En *Algunos recuerdos*,
Editorial Zig-Zag, Santiago, Chile, 1946, Pág. 16.
Selección: Leslie Lillo

Curiosidades y travesuras

Muchas cosas fueron las que me preguntó la amable señora y, entre otras, si siempre era yo el mismo diablillo. Al reírme, desconfiada, pensé si alguien le había contado algunas de mis travesuras. De pronto las dos amigas se olvidaron de mí y siguieron en su calmada charla. Aprovechando esta despreocupación por mi persona, me senté silenciosa en el suelo, al lado de la elegante dama, y me quede absorta, admirando los flecos de su vestido que caían en graciosa cascada. Al principio los acaricie, y luego después la tentación me llevó a indagar qué habría debajo de ellos, proponiéndome, como siempre lo hacía con mis juguetes, hacerle la autopsia al vestido de doña Elisa.

Muy suavemente empecé a tirar los hilos, llegando a descoserlo por completo. Al observar que tenía todo el fleco en mis manos me puse de pie muy animada, con cara de pascuas; tiré como si fueran las riendas de un caballo y dije a la señora.

- Mira: ¿Por qué no juegas conmigo?

-

Lys, Carmen. En *Algunos Recuerdos*, Editorial Zig – Zag S.A.
Santiago de Chile, 1946, Págs. 38 y 39
Selección: Paula Suazo

Curiosidad y sorpresa

El viernes 12 de Junio me levanté antes de las 6, cosa incomprensible ya que era el día de mi cumpleaños. Ahora bien, no me permiten ser tan madrugadora. Tuve, pues, que contener mi curiosidad durante una hora aun. Al cabo de $\frac{3}{4}$ de hora, ya no podía más. Me trasladé al comedor, donde “Mauret”, el gato, me recibió frotándose la cabeza contra mí y haciéndome mil gracias.

A las 7, fui a ver a papá y a mamá, y pude por fin desempaquetar mis regalos en la sala. La primerísima sorpresa fuiste tú, uno de mis más hermosos regalos probablemente.

Frank, Ana. En *Diario de Ana Frank*. Editorial Zig-Zag.
Santiago de Chile 1993. Pág. 5.
Selección: Carolina Véliz

Curiosidades y relación con el misterio del pasado

“La rinconera fascinaba mi mente infantil y en cuanto mi madre salía con mi hermana, aprovechaba para ir a revolver el contenido de su armarito.

Allí conservaba mi madre su gran colección de abanicos. No eran objetos de vitrina, sino de uso diario. Los había de carey, de encaje, de plumas, de sándalo, de marfil, de vitela, de pergamino, pintados o con varillas de nácar incrustadas de oro. Me encantaban. Sacando una por una, me sentaba frente al espejo, a abanicarme. Luego, antes de guardarlos, tomaba un daguerrotipo de mi tía Zelmira, una hermana de mi padre que falleció jovencita y fue retratada después de muerta. Me impresionaba mucho. Por la noche, ya en mi cama, cerraba los ojos y la veía. La muerte, ese enorme misterio, preocupaba mi cabecita de criatura”.

Garrigós, Zelmira. En *Memorias de mi Lejana Infancia*,
Editorial Emecé, Buenos Aires Argentina, 1964, Pág. 22 y 23.
Selección: Carolina Alcaíno

SENTIMIENTOS

Sentimiento de pérdida

“Fui internada, con mis hermanas, en un colegio- convento para "niñas bien". Seguramente era caro y mi padre no lograba rehacer en una ciudad nueva lo que aplastara la catástrofe; su trabajo, sus vinculaciones y sus bienes materiales. Lo habíamos perdido todo, y yo, desarraigada en un nuevo mundo, procuraba por las noches no hacer ruido en mi cama del enorme y patético dormitorio colectivo, para darle rienda suelta al llanto. Sacaba malas notas en conducta y nunca llegué a tener, bandas sobre el pecho ni privilegios de niña buena. En la ceremonia de la entrega de la tarjeta dominical sentía la desaprobación de la Superiora, de su estado mayor y hasta de las muchachas con sus murmullos sordos, cuando se cantaba el número de mis puntos. Aunque conservaba los concernientes a los estudios, siempre me faltaban los otros, los de la conducta. Lo más desesperante era que yo no sabía cuándo ni cómo los perdía, y aún creo que ya las monjas me los quitaban por rutina. Seguramente mis hermanas se avergonzaban de mí en la bendita ceremonia y después mi padre se disgustaba en su vista de la tarde. Acudía a vemos invariablemente con su paquete de pasteles, frutas o caramelos, y hacia lo que podía por nosotras. Pero no estaba en su mano remendarnos la ropa ni compensar la falta de dinero, como hacen las mujeres, con ingenio y buena voluntad. Tampoco le era dado entrar en detalles íntimos de aseo personal, asunto delicado y desatendido, por las monjas de esa época. En suma, me asaltaban incomodidades de toda índole y me sentía confusa y humillada con la pobreza que trataba de esconder como un bulto robado bajo la ropa. A veces reaccionaba de la humillación en forma inesperada, con audacias o alegrías exageradas. Estas explosiones eran mi perdición. Quería ser dócil y estoy segura de que era tierna, pero algo faltaba en mi expresión.

Vergara, Marta. En *Memorias de una mujer irreverente*.
Editora nacional Gabriela Mistral Ltda. Chile.1974, Pág.10 y 11
Selección: Estefanía Borbaran Véliz

Sentimiento de culpabilidad

“Todos se opusieron; ya había pasado por tres colegios, más los especiales – dijeron -, era mucho. Pero la hermana mayor de Elizabeth era profesora de un establecimiento especial; era muy caro, pero de todas maneras me matricularon allí.

- Por tu culpa, desgraciada, tuvimos que vender el campo; para ponerte en ese colegio tan caro. ¡por tu culpa! – repetía mi hermano. ¿Seré tan culpable? - pensaba yo -

Yo no había decidido estar en ese colegio; la hermana de Elizabeth le hablo a mis padres y hermanos a que me matricularan allí. Después escuche a escondidas, más de una vez, a mi hermano decir que había sido necesario vender ese campo porque mi medio hermano no pagaba las contribuciones y había que rematarlo.

Tantas culpas estúpidas... pero igual me hacían sentir más y más culpable.

Valdivieso, Práxedes. En *Yo también fui retardada mental*,
LOM ediciones, Primera edición 1999, Pág. 26
Selección: Yasna Sívoli Henríquez

Sentimiento de rabia

“Pocos días después o pocos meses, que esto no puedo precisar, era yo feliz con un juguete que mi tío me había traído de Madrid, un moro de goma pintado de vívidos colores. Estaba orgulloso de él y lo mostraba a todos, conocidos y desconocidos. Entre estos último acertó a pasar por delante de mi portal un chicuelo de seis u ocho años, el cual se manifestó inmediatamente como un admirador incondicional de mi árabe. Nadie podía halagarme más en aquel momento. Así que para demostrarle mi complacencia y lo mucho que estimaba sus honrados sentimientos, me avine, como él lo deseaba, a entregárselo para que pudiera examinarlo con todo detenimiento. Ponérselo en las manos y emprender una carrera vertiginosa fue todo uno. De tal manera, que unos segundos después perdí de vista al moro y a su compañero y no volví a verlos en mi vida.

Las lágrimas que derramé y la cólera encendida que se apoderó de mí, nadie puede figurárselos. En aquel momento deseaba ardientemente que todo el peso de la ley cayese sobre el ladrón, que la Guardia Civil se apoderase de él, que le metiese en un calabozo y le azotase.”

Palacio Valdés, Armando. En *La Novela de un Novelista*
Editorial Losada, Buenos Aires, 1941, Pág. 9, 72 y 73
Selección: Evelyn García V.

Sentimiento de frustración y rabia

“Hay otra impresión que guardo muy viva de esta época. Me veo sentado a la mesa en una silla de brazos estrecha y alta. Sirven una fuente de truchas, me ponen una y yo me empeño en comerla con los dedos como había visto hacer a Mateo el nieto de la Colasa, una mujer que venía a casa a fregar los suelos. Mi madre se opone resueltamente y me da un ligero golpe en las manos. Esto me irrita y enciende más mi deseo. Vuelvo a tomar un pedacito de trucha con los dedos y mi madre me aplica otro golpe más fuerte. Grito, me obstino, y a viva fuerza quiero hacer mi voluntad. Entonces mi madre encolerizada se levanta, me da unas cuantas bofetadas, me arranca de la silla, y me lleva a un cuarto oscuro y me deja allí encerrado. Lloré y chillé tumbado en el suelo hasta quedar rendido. Al cabo observé que el ruido de platos cesaba, que la comida había terminado y mi madre se retiraba a su gabinete.

Poco tiempo después se abre la puerta de mi prisión, era mi padre, me levanta, me besa y tomándome en brazos sube conmigo hasta su despacho, me deja allí y baja de nuevo subiendo enseguida con la fuente de las truchas.

Me sienta en un sillón, me pone un plato delante y dice con resolución: -¡Ahora come como quieras! Y se cruza de brazos para verme comer con los dedos.”
(El autor a los tres años de edad)

Palacio Valdés, Armando. En *La Novela de un Novelista*,
Editorial Losada, Buenos Aires, 1941, Pág. 9, 72 y 73
Selección: Evelyn García V.

“ En cuanto a mis derrotas, no engendraban en mi humillación ni resentimiento; cuando cansada de llantos y gritos terminaba por capitular, estaba demasiado agotada para rumiar mis penas: a menudo hasta había olvidado la razón de mi rabia. Avergonzada de un exceso para el cual ya no encontraba en mi justificación, solo sentía remordimientos; se disipaban pronto porque no me costaba obtener mi perdón. Después de todo, mis furias compensaban lo arbitrario de las leyes que me esclavizaban; me evitaron hundirme en silenciosos rencores. Nunca discutí seriamente la autoridad. Las conductas de los adultos sólo me parecían sospechosas en la medida en que reflejaban el equívoco de mi condición

infantil: era contra ella que me sublevaba. Pero aceptaba sin la menor reticencia los dogmas y los valores que me proponían.

De Beauvoir, Simone. En *Memorias de una joven informada*, Editorial Sudamericana, Argentina, Buenos Aires Pág. 18
Selección: Natalia Yañez

Sentimiento de rabia ante las normas

“¡Ante la foto del general, marchar!- ordenaba la directora. Yo me acordaba de Martín, de su tío muerto... pero teníamos que marchar. Entonces trataba de escabullirme: cuando ellos entraban, yo salía leyendo un libro, y cuando ellos salían yo entraba, pero siempre me sorprendían y me gritaban: ¡Hey, tú, tienes que marchar para el general. ¡Vieja horrible, estúpida, pensaba yo, él, mató al tío de Martín!”.

Valdivieso Práxedes. En *Yo también fui retardada mental*, Editorial LOM, Santiago, Chile, 1999, Pág. 27.
Selección: Carolina Jara

Sentimiento de rebeldía

...“ Durante varios años -no recuerdo el dato con precisión- mi madre y mi hermana quisieron hacer de mí una buena ama de casa. Yo era tan callada que jamás tuve porfía ni discusión alguna con ellas en mi infancia. Pero en mi ímpetu de rebelión que es de los más vigorosos que haya tenido en mi vida, que yo no aprendería ni a lavar la ropa ni hacer la comida y ni siquiera creo que ayudaba a arreglar la habitación. Yo supe que si obedecía a esa voluntad de volverme criatura ama auxiliar de una casa en que bastaban mi madre y mi hermana yo estaba perdida no sé para qué porque sería tonto pensar que yo creyese en mí, la maestra madrina me había convencido de que yo era una niña necia. Mi rebelión era una cosa confusa siendo en todo caso una rebelión en forma sin rezongo, sin hablar y sencillamente no obedecí”...

Mistral, Gabriela. En *Proyecto patrimonio; Gabriela Mistral, Autobiografía*, sn n°pp
Selección: Soledad Salamanca Gallardo

Sentimiento amoroso

“ Me llevaba siempre allí a mi muñeca. El corazón humano necesita recibir y dar afecto y, no teniendo objeto más digno en que depositar mi ternura, me consolaba amando y acariciando a aquella figurilla, andrajosa y desastrada como un espantapájaros en miniatura. Aún recuerdo con asombro cuanto cariño ponía en mi pobre juguete. Nunca me dormía si no era con mi muñeca entre mis brazos y, cuando la sentía a mi lado y creía que estaba segura y calentita, era feliz pensando que mi muñeca lo era también.”

Brontë, Charlotte: “Jane Eyre”, Colección Austral, Espasa Calpe.
Golden, Arthur: “Memorias De una Geisha”.
Selección: Daniza Reestovic Gárate

Sentimiento de confusión

Todo el mundo tuvo durante algún tiempo fija su atención en el suceso, y los ánimos, excitados por la desgracia ajena, comenzaron a temer por sí y por los suyos, sobre todo a medida que recibían noticias detalladas de distintos puntos del planeta atestiguando las muchas ramificaciones del

fenómeno. Acaso no haya habido época alguna en que el demonio del temor haya extendido tan rápidamente y con tal fuerza su estremecimiento por toda la tierra.

No era escasa la confusión que todo esto producía en el espíritu infantil. Dios, el creador del cielo y de la tierra, a quien la explicación del primer artículo de la fe mostraba tan sabio y misericordioso, no se había comportado muy paternalmente, en cuanto hizo caer la misma desdicha sobre justos e injustos. En vano trataba el ánimo tierno de hallar salida en este laberinto; cosa nada extraña, pues tampoco los sabios podían ponerse de acuerdo sobre la manera de interpretar tal fenómeno.

Goethe, Juan W. En *Memorias de mi niñez* Editora Espasa- Calpe
Argentina Buenos Aires, 1951 Pág., 30
Selección: Irene Arias Nahuelpan

Sentimiento de aburrimiento y fastidio

“Recuerdo vagamente que a los siete años debíamos aprender de memoria y cantar a coro no sé qué canción de la infancia alegre y bien aventurada. Aún resuena en mis oídos la melodía de aquella canción sencilla e ingenua, pero su texto halló gran dificultad para pasar por mis labios, y más aún para penetrar en mi alma. Porque, si he de ser sincero, mis años de colegio no fueron sino un constante fastidio, un aburrimiento que aumentaba año tras año mi impaciencia por librarme de aquella tarea fatigosa. Recuerdo que nunca estuve alegre ni me sentí bienaventurado en aquella actividad escolar monótona, desalmada e insípida que nos amargó a conciencia la época más hermosa y libre de nuestra vida, y hoy no puedo menos de sentir cierta envidia cuando veo cuánto más feliz, libre e independiente es la infancia en este siglo. Aún me parece algo increíble cuando observo a los niños que hablan con sus maestros sin temor y casi de igual a igual; que corren al colegio alegremente. Nosotros siempre íbamos con una sensación de inferioridad.”

Zweig, Stefan. En *El mundo de Ayer*,
Editorial Juventud, Barcelona, 1968, Pág. 33 y 34
Selección: Carolina Arriagada

Sentimiento de repudio y rechazo

A poco de entrar al colegio, los hermanos Artadi y Jorge Salomón, una tarde que nos bañábamos en el agua ya retiradas del Piura- entonces, río de avenida- me revelaron el verdadero origen de los bebés y lo que significaba la palabrota impronunciable: cachar. La revelación fue traumática, aunque estoy seguro, esta vez, de haber rumiado en silencio, sin ir a contárselo al tío Lucho, la repugnancia que sentía al imaginar a esos hombres animalizados, con los falos tiesos, montados sobre esas pobres mujeres que debían sufrir esas embestidas. Que mi madre hubiera podido pasar por trance semejante para que yo viniera al mundo me llenaba de asco, y me hacía sentir que saberlo, me había ensuciado y ensuciado mi relación con mi madre y ensuciado de algún modo la vida. El mundo se me había vuelto sucio. Las explicaciones del sacerdote que me confesaba, el único ser al que me atreví a consultar sobre este angustioso asunto, no debieron tranquilizarme pues el tema me atormentó días y noches y paso mucho tiempo antes que me resignara a aceptar que la vida era así, que hombres y mujeres hacían esa porquería resumidas en el verbo cachar y que no había otra manera de que continuara la especie humana.

Vargas Llosa, Mario. En *El pez en el agua*,
Editorial Seix Barral, S.A., Córcega-Barcelona, 1993, Pág. 24
Selección: Natalia Yáñez

Sentimiento de frustración del deseo

“Tengo tres años y medio, almorzamos en la terraza soleada de un gran hotel-era en Divonne les Bains-; me dan una ciruela roja y empiezo a pelarla. “No”, dice mamá, y caigo chillando sobre el suelo, grito a lo largo del Bulevar Raspail porque Louise me saca de la plaza Bouicaut donde estaba jugando. Ayer pelé un melocotón: ¿por qué no esa ciruela?, ¿Por qué dejar mis juegos justo en ese minuto?. En esos momentos ni la mirada tormentosa de mamá, ni la voz severa de Louise, ni las intervenciones extraordinarias de papá me alcanzaban. Chillaba tan fuerte, durante tanto tiempo, que en el Luxemburgo me tomaron varias veces por una niña mártir. “¡Pobrecita!”, dijo una señora tendiéndome un caramelo. Se lo agradecí con un puntapié.

De Beauvoir de Simone. En *Memorias de una joven formal*,
Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1986, Pág. 13..
Selección: Carolina Jara

Sentimiento de impotencia ante la injusticia

...“Yo repartía el papel de la escuela a las alumnas, el gobierno daba en aquel tiempo los útiles escolares. Era yo más que tímida; no tenía carácter alguno y las alumnas me cogían cuanto papel se les antojaba con lo cual la provisión se acabó a los ocho meses o antes. Cuando la directora preguntó a la clase la razón de la falta de papel, mis compañeras declararon que yo era la culpable pues ellas no habían recibido sino la justa ración. La directora, aconsejada por una hermana nuestra ahí mismo, salió sin más hacia mi casa y encontró el cuerpo del delito, es decir, halló en mi cuarto una cantidad copiosísima no sólo de papel, sino de todos los útiles escolares fiscales. Habría bastado pensar que mi hermana era tan maestra de escuela como ella y que yo tomaba de ella cuanto necesitaba. Pero había algo más: el visitador de escuelas del Valle de Elqui me tenía un cariño como de abuelo (don Mariano Araya) y cada domingo iba yo a saludar a su familia y él me abría su almacén de útiles y me daba además de papel en resmas, pizarras, etc. Yo no supe defenderme; la gritería de las muchachas y la acusación para mí espantosa de la maestra madrina me aplanó y me hizo perder el sentido “...

Mistral, Gabriela. En *Proyecto patrimonio*;
Gabriela Mistral, Autobiografía, sn n°pp
Selección: Soledad Salamanca Gallardo

Sentimiento de rechazo

“En nuestra etapa de internos de colegios religiosos en Antofagasta, nuestro primer apoderado fue el tío Arturo, a quien el título de apoderado obviamente lo perturbaba, más que nada creemos, que la tía lo influenciaba.

En los primeros tiempos que fuimos sus pupilos, en los domingos nuestras salidas, caminábamos desde Prat por la Avenida Argentina hasta el sector de las quintas de los Giuliano y los Bennett, que son ahora terrenos residenciales. En la tarde íbamos por nuestra cuenta a tomar té donde la tía Belia, cuñada de mi tío Santiago, que estaba a cargo de los hijos de éste.

Recuerdo un domingo, a la salida del cine, nos juntamos con mi primo Rafael y fuimos a tomar once a la casa familiar, situada en los altos de una casa de la calle Prat. Obviamente tenía una larga escalera y la puerta se abría con un cordelillo que corría por debajo del pasamanos; quien habría la puerta, podía ver desde arriba, quien venía.

Esa vez nos abrió la puerta la esposa del tío Arturo, quien al vernos desde arriba, nos interrogó: ¿Y ustedes a que vienen?. Nos miramos sorprendidos con mi primo, y uno de nosotros dijo: Venimos a

tomar té... con..., no nos dejó terminar la frase y con el látigo de su lengua, nos dijo: ¿No saben, que para venir a tomar té, hay que ser invitados?.

Es que venimos a ver a mi tía Belia, con ella vamos a tomar té, y al tío Arturo le tenemos que pedir que nos firme unas papeletas del colegio.

¡La Belia salió y Arturo está de turno, así es que no tienen nada que hacer aquí!. Cerramos la puerta rápidamente. No hicimos ningún comentario pero interiormente sentí que la esposa del tío Arturo no nos quería y que para ella éramos un estorbo, así que nos fuimos a gastar los últimos pesos de nuestra mesada en dos tasas de té y varias empanaditas de erizos en el afamado ex-café “María” que estaba en la intersección de las calles Prat y Matta. A las siete y media de la tarde, debíamos estar en el internado del colegio.”

Siglic Mazzalin, Juan. En *Sembrando siempre*, 1999,
Selección: Yasna Sívoli Henríquez

Sentimiento hacia la madre y otros sentimientos profundos

“¡Infancia, hermosa infancia! ¡Tiempo feliz que no volverá! ¿Cómo no amar, cómo no acariciar el recuerdo? ¿Esta evocación, que recrea y ennoblece mi alma, que es manantial de los más puros goces?

Recuerdo que cuando me sentía fatigado de tanto correr iba a sentarme ante la mesa del té, en mi silla alta. Era ya tarde; había terminado hacía rato mi taza de leche azucarada, y los ojos se me cerraban de sueño; pero no me movía; permanecía allí. quieto, quietecito, y escuchaba. ¿Cómo no escuchar? Mamá hablaba y el sonido de su voz era tan dulce, tan cariñoso, ¡y representaba tanto para mí!

La miro fijamente con ojos ofuscados de sueño, y de pronto se va haciendo pequeña, pequeña; su cara no es ya más grande que uno de mis botones, pero la distingo perfectamente y veo que me mira y me sonríe. ¡Qué lindo es tener una mamá tan pequeñita! Cierro aún más los párpados y la veo disminuir, disminuir; ya nos es más grande que la imagen de un niño en el fondo de una pupila humana.

Pero me he movido y se ha roto el encanto. Cierro más aún los ojos, cambio de posición, hago de todo para retrotraer la imagen, sin conseguirlo.

Me dejo escurrir al sueño y voy despacio, despacito a descansar cómodamente en una butaca.

- Tienes sueño, Nicolásín – me dijo mamá -. Debes irte a acostar.

-No tengo sueño, mamá.

Primero unas ideas vagas, pero deliciosas, ocupan mi imaginación; luego el hermoso sueño de la infancia cierra mis párpados, y un minuto después estoy dormido. Siento posarse sobre mí una mano delicada, - que solo por el tacto reconozco, y de la que, sin dejar de dormir, me apodero para apretujarla contra mis labios.

Ya no hay nadie; una sola bujía está encendida en la sala, y mamá ha dicho que ella se cuidaría de despertarme. Se acurruca sobre la butaca en donde yo duermo, pasa su fina mano sobre mis cabellos, se inclina hasta rozarme la oreja y murmura con su linda voz, que tan bien conozco:

-Levántate, almita mía; es hora de acostarse.

No la turba ninguna mirada indiferente; no teme rodearme de toda su ternura, de todo su amor.

Yo no me muevo; sigo besando su mano con mayor fuerza.

-Levántate, ángel mío.

Introduce entonces la otra mano en mi cuello y me hace cosquillas con sus dedos afilados. La sala silenciosa se halla en penumbra: mis nervios se han excitado con las cosquillas; mamá está sentada junto a mí y me toca; Percibo, su perfume, oigo su voz; me levanto de un salto, le echo los brazos al cuello, me estrecho contra su pecho, murmurando:

-¡Mamá, mamita mía, cuánto te quiero!

Sonríe ella con su bella y triste sonrisa, me coge la cara entre las manos, me besa en la frente y me sienta sobre sus rodillas.

-¿Me quieres mucho?

Calla un instante y prosigue:

Sí, quíereme siempre y no me olvides. ¿No te olvidarás de mamá cuando ya no estés aquí? ¿Di, di, mi pequeñito, di?...

Me besa más tiernamente aún. Yo grito:

- ¡Oh. no digas eso, mamita querida!

Beso sus rodillas y de mis ojos se desborda un río de lagrimas en un delirio de amor.

Cuando tras una escena semejante voy a acostarme y me arrodillo ante las sagradas imágenes, envuelto en mi bata guateada, qué extraño sentimiento advierto en mí al decir: "Dios mío, vela por papá. y por mamá". Mientras pronuncio las oraciones que mis labios de niño aprendieron de los de mi madre, mi amor, hacia ella y mi amor por Dios se funden en un idéntico y único sentimiento.

Tras la oración me envolvía entre las mantas con el alma en paz y el corazón tranquilo.

Muchas visiones se, confunden en mi cerebro; ¿qué representan? Son inaferrables, pero están llenas de amor y de luminosa esperanza de felicidad, pienso en Carlos Ivanovitch y en su triste suerte. Es el único hombre desgraciado que conozco, y me da una gran lástima; me invade, tanta ternura por él, que me digo: ¡Que Dios le dé la felicidad! ¡Que me dé a mí el poder de socorrerlo y aligerar su pena! Estoy dispuesto a sacrificarlo todo en favor suyo. "Pienso entonces en mi juguete predilecto – una liebre y un perrito de porcelana que guardo bajo mi almohada- y me alegro de que esté allí, al calorcito". Murmuro aún una breve oración en la que pido a Dios que todos estén contentos y felices, y que al día siguiente haga buen tiempo para poder salir de paseo, me vuelvo del otro lado, mis ideas se confunden y me duermo dulcemente, tranquilamente, con el rostro bañado aún por las lágrimas.

-¿En dónde hallarías la frescura, el descuido, la necesidad de afecto y la fe profunda de la infancia? ¿Qué tiempo mejor que ese en donde la inocente alegría, la insaciable sed de cariño – las primeras de todas las virtudes - eran las fuentes de tu vida?

¿Dónde están aquellas ardientes oraciones, aquellas ricas lágrimas de ternura? Corría hacia ti el ángel del consuelo, enjugaba con una sonrisa tus lágrimas y susurraba dulces sueños en tu inocente imaginación.

¿La vida me ha pisoteado tan duramente el corazón que no volveré a sentir ya aquellas lágrimas y aquellas emociones? ¿No? ¿Sólo me quedarán los recuerdos?"

Tolstoi, León. En *Memorias (infancia- adolescencia- juventud)*,
Mendizábal, 34 Madrid, Págs. 59-61.
Selección: Loreto Rodríguez Contreras

Sentimientos contradictorios

En las tardes a la hora de los faroleros prendían en las calles los faroles o colchones de parafina, al volver yo del parque, adonde iba a encumbrar mis volantines, escuchaba ese grito, un grito que me ponía angustia en el corazón y alas en los pies. Tomaba carrera y entraba al almacén a saltos por encima de los cajones y los sacos y no paraba hasta llegar a mi dormitorio. Allí, mientras trataba de calmar mi respiración, podía oír el galopeo de los pies descalzos del indio que pasaba al trotecito con las portaviandas en las manos.

A veces mi madre lo llamaba. Un ahijado suyo hacía el servicio militar en aquel cuartel y ella ocupaba al indio para mandar al recluta algunas ropas o comidas. Entonces me acercaba a mirar al temido hombre; recibía el encargo muy atento, moviendo la cabeza y diciendo monosílabos que daban a entender que comprendía: ya, ya, sí, sí, ya, al tiempo que sus pequeños ojos color de barro, colorado el reborde de los párpados casi sin pestañas, miraban inexpresivamente.

Hablaba poco y lo hacía con dificultad, con un lenguaje de niño. Junto con el encargo mi madre le daba algún regalito, un pedazo de carne o un trago de agua ardiente; el indio se comía casi sin mascar lo primero y se tomaba lo segundo con gran solemnidad y de una sola vez. Yo, tomado de las polleras de mi madre, miraba su rostro sin malicia y su actitud humilde y ya no me parecía tan feroz;

casi me daban ganas de jugar con él, pero llegaba la noche y aquel grito, que los niños del barrio oíamos, antes que nadie me aterrorizaba y desvanecía mis buenas intenciones.

Rojas, Manuel. En *Imágenes de la Infancia y la adolescencia*. Editorial Zig-Zag. S.A., Santiago de Chile, 1994, Págs. 18 –19.
Selección: Paula Suazo

Sentimiento de miedo

“Cuando salía del cuartel en las tardes, tenía el hábito de lanzar un extraño y largo grito, un alarido que me ponía la carne de gallina y me hacía meterme por los rincones o debajo de la cama. Me parecía que el grito aquel era como una mano helada que podría tomarme del cuello y meterme quien sabe donde. Luego se tendía en el suelo y pegaba el oído a la tierra, como si escuchara algo lejano: enseguida se paraba y empezaba a trotar. No sé por qué demonios gritaba; tal vez avisaba así a los hombres de las cantinas que iba a pasar frente a ellas o tal vez que no era más que una costumbre adquirida en las selvas y estepas de Tierra del Fuego”.

Rojas, Manuel. En *Hijo de Ladrón*. Editorial Ercilla, Santiago, Chile.

Miedo y distancia de los seres queridos

“Recuerdo vagamente haber pasado largos ratos rezando por mamá y haberle preguntado a tía Matilde quiénes eran esa señora y ese caballero, en cierto modo desconocidos para mí.

- Ella es tu mamá y él es tu papá- me contestaba, lo que no me dejaba muy satisfecha.

Pasaron meses, mamá volvió a caminar. Al principio lo hacía sólo con bastón. A mí me daba miedo acercarme a ella; me parecía lejana, ajena a mi vida, como las nanas que llegan y se van.”

Valdivieso, Práxedes. En *Yo también fui retardada mental*, LOM ediciones Primera edición 1999, pág. 16
Selección: Yasna Sívoli Henríquez

Miedo ante lo que dicen los adultos

La primera vez que tuve miedo estaba a punto de cumplir los cinco años. Hacía un día estupendo y Nursie y yo habíamos ido a recoger primaveras, atravesando la vía férrea para subir por el camino de Shiphay donde habían muchas de estas florecillas.

Penetramos por una verja abierta y seguimos recogiendo flores. Nuestra cesta se estaba llenando, cuando una voz colérica y ruda nos gritó:

- ¡Qué hacen ustedes aquí!, me pareció un gigante todo rojo de ira. Nursie respondió que no estábamos haciendo daño a nadie, que sólo cogíamos primaveras.

- Violando la propiedad ajena eso es lo que están haciendo. Fuera, si dentro de un minuto no han salido de aquí las voy a coser vivas, ¿entendido?

Tiré desesperadamente de la mano de Nursie quien no podía ir deprisa ni lo intentaba. Al llegar al camino, sanas y salvas, casi de desplomo de alivio, me quedé pálida y mareada. Nursie lo notó de repente, “cariño”, me dijo con ternura “no habrás creído que decía en serio eso de coserte o de lo que fuera ¿cierto?” le indiqué con la cabeza que sí. Hasta había visto la escena: una olla enorme echando vapor, sobre una hoguera y mis gritos de agonía. Todo era tremendamente real para mí.

Trató de calmarme, era una forma de hablar que tenía la gente, como una especie de broma. No era un hombre amable, más bien era un hombre bruto y antipático, pero no había de hablar en serio, era una broma. Para mí no lo había sido, todavía cuando entro en un campo un estremecimiento me recorre la espina dorsal. Desde entonces hasta hoy no he vuelto a experimentar un terror tan real.

Miedo e imaginación

“Estaba yo por entonces en esa etapa de la vida en que tantas cosas y tantas palabras pertenecen a aún al mundo de lo misterioso y de lo mágico, en el que un cuento de miedo contado por la criada nos hace estar sobresaltados e intranquilos la noche entera en la cama, y un nombre y una frase dan vueltas en nuestra imaginación y sugieren inquietantes fantasmagorías. El haber visto una vez el cuadro de “los comuneros”, de Gisbert, me inquietaba.

Un cuento que me producía un gran terror y desagrado, contado por una muchacha alcarreña, era el del pastor a quien otro asesina y descuartiza y entierra los restos, y sobre sus despojos nacen unas cañas, y cuando el asesino pasa por delante de ellas, las cañas le dicen:
Fulano, dame la asadura, dura, que me me quitaste.”

Baroja, Pío. En *Desde la última vuelta del camino (memorias). Familia Infancia y juventud.* Biblioteca Nueva Almagro. Pág. 113
Selección: Loreto Rodríguez Contreras

Cuando las dos nos proponíamos entregarnos a la oración, oímos un ruido ensordecedor, como si el templo se partiera en pedazos. Del susto me temblaron las piernas, sentándome de pronto en el banco, despavorida y con la mirada extraviada. Una buena mujer que se encontraba a mi lado, me dijo en voz baja, con expresión de dolorida: “¡Es la matraca!” ¡Nunca me dijera tal!

Las siluetas de las arcadas, las columnas y los capiteles temblaban como si los agitase un terremoto. Todo daba vueltas a mí alrededor y el estruendo se hacía cada vez más imponente. Salí como loca de la iglesia; mi tía Lola corría detrás de mí mientras yo gritaba: “¡Que horror, que horror, es la matraca!” Lo más curioso era que yo sabía de qué se trataba, desconociendo por completo el terrible instrumento; pero tenía la convicción de que aquello y el fin del mundo eran lo mismo. Al salir a la calle me di cuenta de que algo malo ocurría, porque la mitad de los fieles estaban allí junto a mí llenos de miedo y exaltación. Todo ese desorden lo había provocado yo, por ignorante...

Lys, Carmen. En *Algunos Recuerdos*, Editorial Zig – Zag S.A.
Santiago de Chile, 1946, Págs. 17 y 18.
Selección: Paula Suazo

Miedo y desesperación

“Una tarde, no sabiendo qué diablura hacer, fui al salón y me senté al piano creyendo poder tocar, como mamá, un vals de Chopin. Al mover las manos con entusiasmo sobre el teclado, tuve la mala suerte de botar un muñeco de terracota que estaba sobre el mueble. Un fragmento del personaje vino a caer en mi cara, haciéndome una herida bastante profunda. A los gritos acudieron mi madre y Ana, encontrándome bañada en sangre.

- He visto al diablo- decía yo, en mi desesperación.

En verdad, Satanás estaba dentro de mí. Enseguida se llamó al médico, quién me hizo la

primera cura sin lograr coserme. Eran tantos los gritos y mi inquietud, que me ataron las manos para poder desinfectarme y aplicar en la herida un pedazo de tela emplástica”.

Sentimientos de soledad ante la discriminación y la violencia

“- Que se levanten los tres con retardo mental del curso – decía la religiosa. Y nos parábamos Elizabeth, otro compañero y yo. Éramos quienes teníamos dificultades para leer, escribir y hablar.

Los demás compañeros nos tiraban papeles, nos silbaban, reían; yo sólo veía sus caras, se mofaban con sus rostros llenos de burla. Salíamos a recreo, una niña me hacía una zancadilla, yo caía encima de algún compañero, él decía: “¡eres más tonta de lo que dicen!”, y ella reía. Pasado un mes todo el colegio estaba enterado de mi situación; mis compañeros siempre estaban allí para molestarnos; yo no sé de qué se reían, como grandes estúpidos. En el recreo me perseguían gritando, ¡retardada!, yo entre huecos oscuros, escondida, tapándome los oídos.

Valdivieso, Práxedes. En *Yo también fui retardada mental*,
LOM ediciones, Primera edición 1999, pág. 25
Selección: Yasna Sívoli Henríquez

Soledad y angustia

“-Hijo mío, crees que soy duro e indiferente, pero cuido sólo el nombre de la familia. Esto te digo: si fallas en esta prueba para el ingreso, no regreses aquí. Serás como un extraño para esta casa.

Con eso, sin añadir ninguna palabra, me indicó que me fuera.

En esa misma noche, más temprano, me había despedido de mi hermana Yaso. Se había turbado, porque habíamos jugado juntos tantas veces y ella tenía sólo nueve años, mientras que yo cumpliría siete... al día siguiente. No pude encontrar a mi madre. Se había acostado y no pude despedirme de ella. Fui solo hasta mi cuarto por última vez y arreglé los almohadones para formar la cama. Me acosté, pero no para dormir. Me quedé un largo rato pensando en lo que había dicho mi padre esa noche; pensando en el terrible disgusto que a mi padre le causaban los niños y pensaba en el terrible mañana, cuando por primera vez dormiría lejos de casa. Gradualmente la luna fue moviéndose por el cielo. Fuera, un pájaro nocturno revoloteó en el alféizar. Del techo de abajo llegaba el flap-flap de los pendones de oraciones que golpeaban contra los palos de madera. Me quedé dormido, pero cuando los primeros y débiles rayos del sol reemplazaron la luz de la luna, me despertó un sirviente que me dio un cuenco de tsampa y una taza de té mantecado. Mientras estaba comiendo esa magra comida Tzu irrumpió en el cuarto.

- Bueno, muchacho –dijo-, nuestros caminos se separan. Gracias al cielo por ello. Ahora puedo volver a mis caballos. Pero pórtate bien; recuerda todo lo que te he enseñado.

Con eso giró sobre sí mismo y salió del cuarto.

Terminé el desayuno, metí el cuenco del tsampa y la taza en la bolsa de la túnica, me arrollé una túnica de repuesto y un par de botas de fieltro, con lo que hice un atado. Cuando crucé el cuarto un sirviente me rogó que caminara suavemente para no despertar a la familia. Descendí por el pasillo. Mientras bajaba los escalones y llegaba al camino, el falso amanecer había sido reemplazado por la

oscuridad que llega antes del verdadero amanecer. Así abandoné mi casa. Solo, asustado, con el corazón oprimido”.

Rampa, Lobsang. En *El Tercer Ojo*,

Sentimiento de gozo

“Tal vez el acontecimiento más extraordinario que yo haya disfrutado durante mi infancia fue el que venía del cielo. No era un aguacero común; era un aguacero de primavera tropical que se anunciaba con gran estruendo, con golpes orquestales cósmicos, truenos que repercuten por todo el campo, relámpagos que trazan rayas enloquecidas, palmas que de pronto eran fulminadas por el rayo y se encendían y achicharraban como fósforos. Y, al momento, llegaba la lluvia como un inmenso ejercito que caminara sobre los árboles. En el corredor cubierto de zinc, el agua retumbaba como una balacera; sobre el techo de guano de la sala eran como pisadas de mucha gente que marchasen sobre mi cabeza; en las canales el agua corría con rumor de arroyos desbordados y caía sobre los barriles con un estruendo de cascada; en los árboles del patio, desde las hojas más altas hasta el suelo, el agua se convertía en un concierto de tambores de diferentes tonos e insólitos repiqueteos; era una sonoridad fragante. Yo corría a uno y otro extremo del corredor, entraba en la sala, me asomaba hasta la ventana, iba hasta la cocina y veía los pinos del patio que silbaban enloquecidos y empapados y, finalmente, desprovisto de toda ropa, me lanzaba hacia fuera y dejaba que la lluvia me fuese calando. Me abrazaba a los árboles, me revolcaba en la hierba, construía pequeñas presas de fango, donde se estancaba el agua y, en aquellos pequeños estanques, nadaba, me zambullía, chapaleaba; llegaba hasta el pozo y veía el agua cayendo sobre el agua; miraba hacia el cielo y veía bandadas de querequeteses verdes que también celebraban la llegada del aguacero. Yo no sólo quería revolcarme con la hierba, sino alzarme, elevarme como aquellos pájaros, solo con el aguacero”.

Arenas, Reinaldo. En *Antes que Anochezca*, Editorial Tusquets, Barcelona, 1992, Pág. 35 y 36
Selección: Carolina Arrigada

Sentimiento de plenitud

“Otra ceremonia, otra plenitud que marcó mi infancia, fue la recogida de la cosecha. Mi abuelo cosechaba, sobre todo maíz. Para la recolección había que convocar a casi todo el vecindario. Desde luego, mi abuela, mis tías, mi madre y yo, también trabajábamos en la recogida del maíz. Después había que trasladar las mazorcas en carretas hasta la despensa (o prensa, como le decíamos), que era un rancho detrás de la casa. Una noche invitamos al vecindario para el deshoje y el desgrane del maíz; era otra fiesta. Enormes telones cubrían el piso; yo me revolcaba en ellos como si estuviera en la playa, que por entonces aún no había visitado. Mi abuela, esas noches, hacía un turrón de coco, hecho con azúcar prieta y coco rallado, que olía como jamás he vuelto a oler un dulce. Se repartía el dulce a media noche, mientras las lonas seguían siendo llenadas de granos y yo me revolcaba en ellas.”

Arenas, Reinaldo. En *Antes que Anochezca*, Editorial Tusquets, Barcelona, 1992, Pág. 34.
Selección: Carolina Arrigada

Sentimiento de placer y sensualidad

Al ver por primera vez el mar me quedé hipnotizado. Cuando me acerqué por una calle empinada, bajo la luz radiante del sol, me pareció que el mar estaba suspendido en el aire. Era un monstruo vivo y vibrante a punto de lanzarse sobre mí. Los tres nos sacamos los zapatos y corrimos a chapotear en el agua. El mar tibio alrededor de mis piernas constituyó una revelación de placer.

¡Qué día! La playa de color azafrán, con los baldes rosas y azules y las palas de madera y los toldos y las sombrillas de colores y los veleros que se deslizaban con alegría sobre las olas sonrientes y, sobre la playa, otros botes, que descansaban ociosamente sobre sus costados, con su olor a algas marinas y a alquitrán. Aún guardo en el recuerdo todo el encanto de aquel momento.

Chaplin, Charles. En *Mis primeros años*.
Emecé Editores. Buenos Aires, Argentina, 1981, Pág. 35
Selección: Anita Maureira Zuñiga

Sentimiento de pesar frente al crecimiento

“Comer no era solamente una exploración y una conquista, sino el más serio de mis deberes. “Una cucharada para mamá, una para abuelita. si no comes no crecerás”. Me ponían contra la pared del vestíbulo, trazaban al ras de mi cabeza una raya que confrontaban con otra más antigua; tenía dos o tres centímetros más, me felicitaban, yo me enorgullecía; a veces sin embargo, me asustaba. El sol acariciaba el piso encerado y los muebles pintados de blanco. Yo miraba el sillón de mamá y pensaba: “No podré sentarme sobre sus rodillas”. De pronto el porvenir existía y me transformaría en otra que podría decir. Yo, pero yo no sería ya la misma. Presentí todos los rompimientos, los renunciamentos, los abandonos, y la sucesión de mis muertes. “Una cucharada para abuelito...”. Sin embargo comía y me enorgullecía de crecer; no deseaba seguir siendo un bebé”.

De Beauvoir Simone. En *Memorias de una Joven Formal*,
Editorial Edhasa, Barcelona, 1980, Pág. 11.
Selección: Luisa Gavia

Sentimiento de vanidad

“Por la mañana, Louise enroscaba mi pelo alrededor de un palo y yo miraba con satisfacción en el espejo mi rostro encuadrado de tirabuzones: las morenas de ojos azules no son, según me habían dicho, una especie común y yo ya había aprendido a considerar preciosas las cosas singulares. Me gustaba a mi misma y me agradaba gustar. Los amigos de mis padres alentaban mi vanidad: me alababan cortésmente, me mimaban. Yo me acariciaba contra las pieles, contra los vestidos sedosos de las mujeres; respetaba más a los hombres, sus bigotes, su olor a tabaco, sus voces graves, sus brazos que me levantaban del suelo. Me importaba particularmente interesarles: tonteaba, me agitaba, acechando la palabra que me arrancase de mis limbos y me hiciese existir, de veras, en el mundo de ellos. Una noche ante un amigo de mi padre rechacé con terquedad un plato de ensalada cocida. En una tarjeta postal enviada durante las vacaciones me preguntó con ingenio: “¿Siempre le gusta a Simone la ensalada cocida?”. La letra escrita tenía a mis ojos aun más prestigio que la palabra: yo exultaba. Cuando volvimos a encontrarnos con el Señor Dardelle en el atrio de Notre Dame des Champs, yo esperé bromas deliciosas; intenté provocarlas; no hubo eco. Insistí; me hicieron callar. Descubrí con despecho lo efímero de la gloria”.

De Beauvoir, Simone. En *Memorias de una joven formal*,
Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1986, Pág. 10..
Selección: Carolina Jara

DESCUBRIMIENTOS

Descubrimiento del lenguaje creativo

“ Muy atrás en mi infancia y habiendo apenas aprendido a escribir, sentí una vez una intensa emoción y tracé unas cuantas palabras semirrimadas, pero extrañas a mí, diferentes del lenguaje diario. Las que puse en limpio en un papel, preso de una ansiedad profunda, de un sentimiento hasta entonces desconocido, especie de angustia y de tristeza. Era un poema dedicado a mi madre, es decir, a la que conocí por tal, a la angelical madrastra cuya suave sombra protegió mi infancia. Completamente incapaz de juzgar mi primera producción, se la llevé a mis padres. Ellos estaban en el comedor, sumergidos en una de esas conversaciones de voz baja que dividen más que un río el mundo de los niños y de los adultos. Les alargué el papel con las líneas, tembloroso aún con la primera visita de la inspiración. Mi padre, distraídamente, lo tomó en sus manos, distraídamente lo leyó, distraídamente me lo devolvió, diciéndome:

- De dónde lo copiaste?

Y siguió conversando en voz baja con mi madre de sus remotos e importantes asuntos.

Me parece recordar que así nació mi primer poema y que así recibí la primera muestra distraída de la crítica literaria”.

Neruda, Pablo. En *Confieso que he vivido*,
Editorial Argos Vergara S.A., Barcelona, 1974, Página 26.
Selección: Luisa Gavia

Descubrimiento de signos

Mis padres me respondían con condescendencia a mis preguntas; mi ignorancia se disipaba en cuanto la formulaba. Había, sin embargo, una deficiencia de la que yo tenía conciencia; a los ojos de los adultos, las manchas negras alineadas en los libros se convertían en palabras; yo las miraba: para mí también eran visibles y no sabía verlas. Me habían hecho jugar desde muy pronto con letras. A los tres años repetía que la o se llama o; la s se llama s como una mesa es una mesa; yo conocía más o menos el alfabeto, pero las páginas impresas seguían callando. Un día brotó una chispa en mi cabeza. Mamá había abierto sobre la mesa del comedor el método Regimbeau; yo contemplaba la imagen de una vaca (*vache*) y las dos letras, c, h, que se pronunciaban *ch*. Comprendí de pronto que no poseían un nombre a la manera de los objetos sino que representaban un sonido: comprendí lo que era un signo. Aprendí enseguida a leer. Sin embargo, mi pensamiento se detuvo a mitad del camino. Yo veía en la imagen gráfica el exacto revés del sonido que le correspondía: emanaban juntos de la cosa que expresaban, de manera que su relación no tenía nada de arbitrario. La inteligencia del signo no implicó la de la convención. Por eso me resistí vivamente cuando la abuela quiso enseñarme las notas. Me indicaba con una aguja de tejer los redondeles inscritos sobre un pentagrama; esa línea, me explicó, indicaba tal tecla del piano. ¿Por qué? ¿Cómo? Yo no veía nada común entre el papel rayado y el teclado.

De Beauvoir, Simone. En *Memorias de una joven formal*
Editorial Edhasa, Barcelona - España, 1980, Pág. 24
Selección: Irene Arias Nahuelpan

Descubrimiento de la importancia de las palabras

“En el campo, durante el verano, solían llevarme a jugar a casa de un primo lejano; vivía en una casa, fastuosa, en medio de un gran parque, y yo me divertía bastante con él. “Es un pobre idiota”, dijo una noche mi padre. Mucho mayor que yo, Cendri me parecía normal por el hecho de que me era familiar. No sé si me habían mostrado o descrito a idiotas: les atribuía una sonrisa babosa, ojos vacíos. Cuando volvía a ver a Cendri traté en vano de pegar esa imagen sobre su rostro; quizá en el interior de

sí mismo, sin tener la apariencia se parecía a los idiotas, pero me resistía a creerlo. Impulsada por el deseo de cerciorarme y también por un oscuro rencor contra mi padre que había insultado a mi compañero de juegos interrogué a su abuela: “¿Es verdad que Cendri es idiota?”, le pregunté. “¡No!” contestó con aire ofendido. Conocía bien a su nieto. ¿Era pues posible que papá se hubiera equivocado?. Me quedé perpleja.

No quería mucho a Cendri y el incidente, si bien me asombró, me conmovió poco. No descubrí la negra magia de las palabras hasta que me mordieron el corazón.

Mamá acababa de estrenar un vestido de color vistoso. Louise dijo a la criada del frente: “¿Has visto como se ha emperifollado la señora? ¡Es una verdadera excéntrica!”. Otro día Louise conversaba en el hall de entrada con la hija de la portera; dos pisos más arriba, mamá sentada al piano cantaba: “Ah, dijo Louise, otra vez la señora que chilla como un hurón”. Excéntrica, Hurón. Las palabras sonaban atrozmente a mis oídos; ¿En qué concernían a mamá que era linda, elegante y cantaba bien?. Y sin embargo Louise las había pronunciado: ¿Cómo desarmarlas?.

Contra las demás personas yo sabía defenderme; pero ella era la justicia, la verdad, mi respeto me prohibía juzgarla. No hubiera bastado negarle, su buen gusto; para neutralizar su malevolencia había que imputarla a un ataque de mal humor y por consiguiente admitir que no se entendía bien con mamá; ¡En ese caso una de las dos tenía la culpa!. No. Yo las quería a ambas sin tacha. Me apliqué a vaciar de su sustancia las palabras de Louise: sonidos extraños que habían salido por su boca por razones que me eran ajenas. No lo logré completamente. En adelante cuando mamá llevaba un vestido vistoso o cuando cantaba en voz en grito, solía sentir una especie de malestar. Por otra parte, sabiendo que no había que tomar en cuenta todas las palabras que decía Louise, ya no la escuchaba del todo con la misma docilidad que antes.

De Beauvoir , Simone. En *Memorias de una joven formal*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1986, Pág. 20 y 21.
Selección: Carolina Jara

IDENTIDAD

Diferencias de identidad

“De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar.

Y acuérdomme que, estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veía a mi madre y a mí blancos y a él no, huía de él con miedo, para mi madre, y, señalando con el dedo decía: -“¡Madre, Coco!”.

Respondió él riendo:

-¡Hi de puta!

Yo, aunque bien muchacho note aquella palabra de mi hermanito y dije entre mí: ¡cuántos debe haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos”.

ANÓNIMO. En *El Lazarillo de Tormes*, Editorial Ercilla, Santiago, 1984, Pág. 71
Selección: Arlette Valdés

IMAGINACIÓN

De vez en cuando un muchacho de la granja al lado del camino tiraba un guijarro contra mi ventana en la madrugada y los dos nos íbamos a pescar en el segundo estanque grande. De ves en cuando, otro muchacho campesino y yo derribábamos gorriones con un viejo revolver y el muchacho los asaba colgando de una cuerda. Había un viejo caballo que uno de los pintores llamaba El Andamio, en el cual a veces el hijo del viejo Earle nos llevaba a Slogh y a Windsor. Y en Windsor hicimos nuestro almuerzo con salchichas frías compradas en una fonda. No sabía lo que era estar solo, porque

podía vagar lleno de un miedo placentero por las partes clausuradas de los beeches, entonces muy vastas, o por los alrededores de algún estanque imaginando barcos entrando y saliendo entre los juncos y pensando en Sligo o en extrañas aventuras marinas en el espléndido barco que echaría al mar cuando creciese.

W.B., Yeats. En *Ensueños sobre la infancia y la juventud*. Editorial Monte Ávila. Caracas, Venezuela. 1986. Pág. 42
Selección: Paula Suazo

Suposiciones de la imaginación

“¿Qué era el Monte de Piedad para mí? Cuando iba a la plaza de las Descalzas no veía ningún monte; pero estaba convencido de que había una altura y unos árboles por allá.”

Baroja Pío. En *Desde la última vuelta del camino (memorias)*. Familia *Infancia y juventud*, 1944. Biblioteca Nueva Almagro. Madrid, Pág. 111
Selección: Loreto Rodríguez Contreras

Imaginación y travesura

“Y como nos divertimos ¡vaya si nos divertimos! En mi vida pienso gozar tanto como gocé el día en que cogimos a un pobre gato y, desde el tejado contiguo al colegio y al que se pasaba por una ventana a la que hubo luego que poner enrejado, le tiramos chimenea abajo, por la del fondero, el animalito bajaba esforzándose por agarrarse a las paredes de la chimenea y haciendo así de arrascachimeneas, como decíamos nosotros, mientras reventábamos de risa imaginándonos el estropicio que haría al caer en la cocina de la fonda entre las cazuelas, mucho, muchísimo más divertido que si lo hubiésemos visto, pues no cabría figurarnos al antojo de nuestra imaginación lo que allí sucedería. Y en efecto, subió luego furioso el fondero, el del segundo, hecho un basilisco, protestando de que un gato envuelto en una nube de hollín había caído sobre su cocina. Y nosotros, imaginándonos la escena y traduciendo de los gestos y voces del fondero, su grandeza cómica, no podíamos contener la risa, risa que acrecentaba a su vez nuestra figuración cómica.”

Unamuno, Miguel. En *Recuerdo de Niñez y Mocedades*, España, Madrid 1908, Pág. 16
Selección: Natalia Yañez

Creación de mundos

“Recuerdo dos revistas -entonces circulaban por toda América Latina-, que nos traían a los niños de mi edad cada semana la aventura. Una de ellas era argentina, **Billike**, la otra chilena, **El Peneca**. Un niño no distingue fácilmente las fronteras entre la realidad y la fantasía. Aquellas historias, pues, como todos los niños, yo las vivía ampliamente, eran experiencias que se incorporaban a mi vida y la enriquecían. Gracias a la lectura no era yo únicamente; yo era también los piratas del Salgari, acompañaba a Sandokan en sus aventuras, descendía al centro de la Tierra con los personajes de Julio Verne o viajaba en el espacio y en el tiempo. Creo que mi primera manifestación de una vocación literaria tiene que ver con esas lecturas, con esas historias que siempre se terminaban. El fin de esas historias siempre me entristecía, sobre todo si las había leído hipnotizado, alorado, fascinado con sus ocurrencias. Yo recuerdo que las primeras cosas que escribí, que intenté escribir, fueron continuaciones de esas historias que me apenaba tanto que se terminaran. Yo las continuaba. Algunas

veces las corregía porque los finales no me gustaban, me daba mucha pena que el héroe se muriera, por ejemplo. Entonces lo resucitaba y escribía pequeñas notas, modificando sus finales”.

Vargas Llosa, Mario. “Revelación de la Lectura” en *Yo Pienso y Aprendo*.
Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile 1999, Pág. 7
Selección: Carolina Alcaíno

“Las ropas de Kuniko eran muchos más refinadas que las mías, y llevaba un zori; pero siendo yo una niña de pueblo, la perseguí descalza por el bosque hasta que la alcance en una especie de casa de muñecas construida con las ramas de un árbol viejo seco. Había dispuesto por el suelo piedrecillas y piñas para separar las habitaciones. En una hizo que me servía té en una tasa desportillada; en otra nos turnábamos la tarea de acunar a un bebe, que se llamaba Taro y que no era más que un saquito lleno de tierra.”

Bronte, Charlotte: “Jane Eyre”, Colección Austral, Espasa Calpe.
Golden, Arthur: “Memorias De una Geisha”.
Selección: Daniza Reestovic Gárate

“De pronto, Fídolo se sentaba en un barranco, abría su cajita de colores en la cual apoyaba la tabla y comenzaba a pintar, con sutiles brochazos que iban reproduciendo lo que veía a lo lejos, pero modificado, con luces que sólo veía Fídolo, con líneas que él solo descubría, con colores imaginarios pero, en mi concepto, mejores y más exactos que los inocuos y melancólicos de los tejares auténticos. Y entonces yo también me ponía a dibujar con lápiz, rabiosamente, en un empeño ansioso de recoger en la hoja blanca algo de ese mundo de Fídolo, lo único que iluminaba sus ojos apesadumbrados, lo único que lo arrancaba de su silla de cuero, en la cual se hundía por horas enteras mirando los trazos de su pincel sobre el caballete, en una palabra, la quemante y devastadora fiebre de la creación. Alguna vez, supongo que estimulado por Fídolo, envié un dibujo a un concurso infantil y fue publicado en *cromos*. Pero allí se definió mi existencia. Porque el dibujo era definitivamente malo, pero en cambio mi nombre en letras de molde me produjo imborrable impactación. Por allí, por esa otra vía, estaba mi confuso destino. Y desde entonces leía más que dibujaba en el estudio del pintor, especialmente revistas españolas en donde entré en contacto con la obra de la por entonces viva y activa generación peninsular del 98. Pero nunca olvidé esa experiencia infantil, esa lucha contra la materia misma de la pintura, contra la dureza misma de mis manos y la admiración entrañable que me inspiraba. El olor a trementina, la frescura de los colores recién vertidos del tubo, brillantes y sin mezcla, los brochazos iniciales y el chapoteo cruel de la ineptitud fueron tan fuertes que cuando ya iba por más de la mitad de mi vida compré todos los elementos y gasté horas inefables y larguísimas de las vacaciones de verano, al lado del mar, copiando al Greco, a Velázquez, a Goya, a Van gogh, a Gauguin, a Cézanne, una y otra vez, sin atreverme a dar una sola pincelada que no hubiera sido ya dada ante por alguna mano maestra. Y tales ensayos me sirvieron para entender mejor la pintura y amarla, porque logré apreciar mejor, por la inconformidad con mi indomable torpeza, la prodigiosa artesanía de los clásicos y la sutileza de ciertas combinaciones de formas y colores que después admiré en los museos, que hubieran pasado inadvertidas, a pesar de lo mucho que he leído sobre pintura, de no haber luchado vanamente por reproducirlas e imitarlas con mis ojos y mis manos. Muchas veces, leyendo páginas de mis amigos dedicadas a pintores y cuadros clásicos y referencias a las artes plásticas, empapadas de literatura y de conceptos abstractos, vi que me separaba de tanto artificio esa experiencia vital por insignificante que fuera, y renové silenciosamente mi gratitud a Fídolo, pequeñito pero importantísimo en esos años de mi niñez, a quien todavía revivo con intensidad afectuosa ante su inmenso caballete, o sentado en una barranca parda en el enmarañado paisaje de tejares de piedemonte bogotano”.

Lleras, Alberto. En *Memorias*. El Ancora editores,
Colombia - Bogotá 1997, Pág. 136, 137 y 138.
Selección: Lorena Marín Marín

Memoria y reelaboración de los recuerdos

...Así es como he estado durante mucho tiempo convencido de que conservaba el recuerdo de la entrada de los prusianos en Rouen:

Es de noche. Se oye la charanga militar y desde el balcón de la calle de Crosne por la que pasa se ve a las antorchas resinosas azotar con fulgores desiguales las paredes asombradas de las casas...

Mi madre, a quien más tarde volví a hablar de ello, me convenció de que, ante todo, en esa época yo era demasiado joven para haber conservado recuerdo alguno de ese acontecimiento; y que, además, un ruenés, o en todo caso alguien de mi familia, nunca se habría asomado al balcón para ver pasar a Bismarck ni al rey de Prusia mismo, y que si los alemanes hubiesen organizado marchas, éstos habrían desfilado ante ventanas cerradas. Ciertamente mi recuerdo debía de ser de las “retretas con antorchas” que todos los sábados por la noche subían o bajaban por la calle de Crosne después de que los alemanes habían dejado ya la ciudad hacia largo tiempo.

- Era eso lo que te hacíamos admirar desde el balcón, mientras te cantábamos, como recordarás:

Zim laï la! Zim laï la

Les beaux militaires!

Y de pronto reconocí también la canción. Todo volvía a ocupar su lugar y recobraba su proporción. Pero me sentía un poco defraudado; me parecía que estaba más cerca de la verdad antes y que bien merecía ser un acontecimiento histórico lo que, ante mis sentidos muy nuevos, adquiría tal importancia. De ahí esa necesidad inconsciente de alejarlo con exceso a fin de que lo magnificase la distancia. ”

André Gide. En *Si la semilla no muere...* Editorial Losada S. A

Segunda edición 1956, pág. 18

Selección: Yasna Sívoli Henríquez

Imaginación y aburrimiento

“Recuerdo nuestro banco en la iglesia, de gran respaldar. Próxima al banco hay una ventana desde la que se puede ver nuestra casa, durante el culto de la mañana. Pegotty mira la casa a cada instante para asegurarse de que en su ausencia no se quema ni la desvalijan. Es muy feo bostezar, pero tengo que hacer algo. Miro a mi madre, pero ella hace como que no viera. Miro a un muchachito que está cerca de mí y que me hace morisquetas. Miro el rayo de sol que penetra por el pórtico. Miro una “oveja descarriada”; se trata de un carnero que está a punto de entrar en la iglesia. Miro las inscripciones gravadas en las tumbas colocadas a lo largo del muro. Miro al señor Chillip con su corbata de los domingos. Después miro el púlpito. Que bien se debe jugar allí: serviría de admirable fortaleza. El enemigo se precipitaría por las escaleras a atacarnos, y nosotros lo aplastaríamos con el cojín de terciopelo y todas sus borlas. Poco a poco se me cierran los ojos. Oigo cómo el pastor repite un salmo. Hace un calor asfixiante. Después no oigo nada hasta el momento en que me escurro del banco, y Pegotty me arrastra fuera de la iglesia, más muerto que vivo”.

Dickens, Charles. En *David Copperfield*,
Editorial Andrés Bello, Chile, 1985, Pág. 13.

Selección: Arlette Valdés

Imaginación y Suposiciones

Por el hecho de ser miedosa se me ocurrió hablar con los animales cuando les daba de comer y yo misma decía que los animales a mí no me hacían nada y es que era cierto, yo creo que los animales me entendían; ea vez, mi mamá me mandó a vender tamales que ella misma hacía los fines de semana, y yo siempre echaba uno demás para comérmelo en el camino, pero inesperadamente me salió un “chucho” bravo ladrándome y amenazaba con mordirme, entonces empecé a hablarle: “chuchito, no me vayas a morder, mira que yo no te hago nada, no te regaño, no te golpeo, además yo estoy chiquita, no me vayas a morder. Si no me mordés yo te voy a dar un tamal que llevo aquí para vos”, y lo saqué y se lo di, luego él se quedó comiendo el tamal y yo me fui tranquila, con la creencia que al hablarle él me había entendido.

Acosta, Rosario. En *Palabra de mujer*. Concurso de autobiografías de mujeres dirigentes campesinas e indígenas de América Latina y el Caribe. Páginas 50 y 57.
Selección: Carolina Véliz

Era un edificio gótico de ladrillos amarillos: un amplio vestíbulo lleno de pupitres, algunas aulas pequeñas y una casa separada para los internos, construido todo quizá en 1860 ó 1870. Yo pensaba que era una construcción vieja y que había pertenecido al fundador del colegio, Lord Godolphin, quien me resultaba muy romántico porque había una novela sobre él. Nunca leí la novela, pero pensaba que en los libros sólo aparecía gente romántica.

Yeats, William Butler. En *Ensueños sobre la infancia y la juventud*.
Monte Avila Editores, Caracas-Venezuela. Traducción de
Julieta Bombona de Sucre, 1era Edición en español 1986
Selección: Luisa Contreras

“Como entonces se hablaba mucho de criminales, que iban a la cárcel del Saladero, y a la Galera si eran mujeres, a mí me parecía que todas las cárceles de hombres se debían llamar Saladeros y todas las cárceles de mujeres Galeras, y me figuraba que estas últimas debían tener algo de barcos. Pero ¿dónde podría haber barcos en Madrid, fuera del estanque del Retiro? No lo comprendía. Yo ya sabía que Madrid era un pueblo que estaba lejos del mar. Aun así y todo, suponía que, quizá por alguna razón ignorada y misteriosa, las cárceles de mujeres se hacían en forma de grandes barcos.”

Baroja Pío En *Desde la última vuelta del camino (memorias)*. Familia
Infancia y juventud, 1944. Biblioteca Nueva Almagro. Madrid, Pág. 107
Selección: Loreto Rodríguez Contreras

Mundos imaginarios adoptados

“Bessie me preguntó si quería algún libro, y esta palabra obró sobre mí como un enérgico estimulante. Le pedí que me trajese de la biblioteca Los Viajes de Gulliver. Yo los leía siempre con deleite renovado, y me parecían mucho más interesantes que los cuentos de hadas. Habiendo buscado en vano los enanos de los cuentos entre las campánulas de los campos, bajo las setas y entre las hiedras que decoraban los rincones de los muros antiguos, había llegado hacía tiempo en mi interior a la conclusión de que aquella minúscula población había emigrado de Inglaterra, refugiándose en algún lejano país. Y como Liliput y Brodignag eran, en mi opinión, partes tangibles de la superficie terrestre, no dudaba de que, algún día, cuando fuera mayor podría, haciendo un largo viaje, ver con mis ojos las casitas de los liliputienses, sus arbolitos, sus minúsculas vacas y ovejas y sus diminutos pájaros; y

también los maizales altos como bosques, los perros y gatos grandes como monstruos, los hombres y mujeres tamaños como toros, del país de los gigantes.”

Bronte, Charlotte: “ Jane Eyre”, Colección Austral, Espasa Calpe.
Golden, Arthur: “ Memorias De una Geisha”.
Selección: Daniza Reestovic Gárate

Imaginación y pensamiento animista

“La casita en la que vivíamos en el pequeño puerto de Yoroido era una casita “Piripi”, como yo le decía. Estaba junto a un acantilado donde soplaban constantemente el viento del océano. De niña, pensaba que el mar estaba siempre acatarrado, porque jadeaba constantemente, salvo cuando se quedaba como sin respiración, antes de soltar uno de sus grandes estornudos – lo que equivale a decir que de pronto soplaban ráfagas tremendas acompañadas de agua de mar pulverizadas-. Decidí que nuestra casita se había ofendido de que el océano le estornudara en la cara cada dos por tres y empezó a torcerse para quitarse del medio. Probablemente hubiera terminado derrumbándose de no ser porque mi padre la apuntaló con un madero que rescató de un barco de pesca naufragado. De este modo la casa parecía un viejo borracho apoyado en una muleta.”

Bronte, Charlotte: “ Jane Eyre”, Colección Austral, Espasa Calpe.
Golden, Arthur: “ Memorias De una Geisha”.
Selección: Daniza Reestovic Gárate

JUEGO

Juego y creación de mundos secretos

¡Estupendo y emocionante mundo de la niñez! Quizás lo que más me interesaba era el jardín; año tras año fue cobrando mayor importancia para mí. Llegue a conocer y a dar a cada uno de los árboles un significado especial.

(...) Cuando había agotado las ‘delicias del jardín’, volvía al aposento de los niños donde estaba Nursie, la nodriza, como algo fijo e inmutable. Quizás porque era una señora mayor y reumática, jugaba a su alrededor o junto a ella más que *con* ella. Recuerdo que siempre me rodeaba de compañeros imaginarios. Del primer grupo sólo recuerdo el nombre: los gatitos. Yo no sé quienes eran ni si yo misma era uno de ellos, pero me acuerdo bien de sus nombres: trébol, negrito y otros seres. Su madre era la señora Benson.

Nursie era demasiado lista para comentar nada o para intervenir en los murmullos que se oían a su alrededor, probablemente estaba muy contenta de que me divirtiera sola tan fácilmente.

Pero un día recibí un golpe muy duro; regresando del jardín para merendar, subí la escalera, oí que Susan, la criada, le decía: “no le gustan mucho los juguetes ¿verdad?, ¿con qué juega?” Nursie respondió: “juega a ser un gatito con otros gatitos”.

¿Por qué habrá esa exigencia innata de secreto en la mente de un niño? Saber que alguien, aunque fuera Nursie, conocía lo de los gatitos me afectó en lo más hondo. Desde aquel día procuré que no se oyera ni un murmullo cuando jugaba, los gatitos eran míos y de nadie más.

(..) Me acuerdo de algunas muñecas. Phoebe que no me hacía mucha gracia y otra llamada Rosalinda o Rosita; éste tenía pelo largo y muy rubio. La admiraba muchísimo pero jugaba poco con ella. Prefería a los gatitos. La señora Benson era muy pobre y estaba muy triste. Su padre, el capitán Benson había sido marino pero su barco se había ido a pique, dejando a la familia hundida en la miseria. Esa era la saga de los gatitos. Tenía un final feliz ya borroso en mi mente puesto que el capitán no había muerto, un día reapareció con una riqueza inmensa, precisamente cuando la situación de los suyos se había vuelto desesperada. De ahí pasé a la señora Green. Tenía cien hijos, los más importantes eran: Lanudo,

Ardilla y Árbol. Me acompañaban por todas las expediciones por el jardín. No eran precisamente ni niños ni perros, sino criaturas intermedias.

Christie, Agatha. En *Autobiografía*, Editorial Molino, Barcelona, España, 1978, Pág. 23-24
Selección: Anita Maureira Zuñiga

Juego y creación de objetos

Cuando empiezo a recordar mis primeros años, lo primero que tengo grabado en mi mente es que nunca tuve juguetes, nunca me regalaron un juguete, siempre inventábamos nosotros nuestros propios juguetes: con olotes de las mazorcas que tenían diferentes colores, con pedazos de palo que pintábamos con tinte y los envolvíamos con pedacitos de trapo haciéndoles como vestidos, a veces hacíamos pelotas de trapo y de papel, para jugar...

Palabra de mujer. Concurso de autobiografías de mujeres dirigentes campesinas e indígenas de América Latina y el Caribe. Páginas 50 y 57

Historia de unas pajaritas de papel

I

Todo esto que va a seguir es la verdad pura, según la recuerdo, a jirones, niñerías, nada más que niñerías, pero niñerías que recordaré mientras viva, y cuanto más viva más.

Cuando yo era niño no sabía jugar a la pelota, ni a la trompa, ni a las canicas, ni a muchos otros juegos que exigen destreza y agilidad física; mi fuerte eran el asalto, las tres rayas y otros de la misma clase.

La gran diversión de mis primeros años que llenó lo menos tres de mi vida, día por día, sin descanso ni tregua, con una perseverancia ejemplar, las pajaritas de papel.

La vista de una pajarita de angulosos contornos y pico erguido me recuerda aquellos tres años frescos y alegres en que me acostaba todas las noches con sueño y me levantaba con alegría todos los días.

Mi carácter determinó mis aficiones, es indudable, pero éstas reaccionaron sobre mi carácter. ¡Qué silenciosa, que obediente y sumisa es una pajarita de papel! Algunas resmas he consumido en fabricarlas.

Nació como nace todo lo duradero, lentamente. Era en los días hermosos de la primavera de 1874, durante el bombardeo de mi villa. En algo había de pasar el tiempo en la lonja oscura y húmeda que necesitaba luz de día, pues las únicas puertas abiertas a ella habían sido tapiadas con colchones. No oíamos hablar más que del ejército, de batallas, de carlistas y liberales, de hombres y de asalto, y lo único que nos ocurrió fue hacer unos doscientos pajarillos (en Francia son *cocottes*), formarles de cuatro en fondo y simular combates.

Una jaula de grillo preparada servía de lámpara, con una cerilla, luz eléctrica le llamábamos, y a la luz aquella tan escasa y menguada íbamos haciendo recorrer la mesa a todos los pajarillos, paso a paso, mientras cantábamos un paso fúnebre que habíamos oído.

En la lonja tuvieron humilde origen las naciones poderosas de esforzados pajarillos de papel, los imperios vastísimos que dominaron los cajones y armarios de mi casa y llevaron su bandera victoriosa hasta el último rincón de una huerta de Olabeaga.

Vivieron en su origen aquellas originales pajarillas en estado salvaje, sin policía ni orden jerárquico, sin que tuviera ninguna su nombre ni su oficio, sin residencia fija, errando de aquí allá, de caja en caja, y lo que es más sorprendente, sin hembras ni cosa que lo valga; pues esto nació más tarde. Sé producían autóctonos y por generación espontánea, informados por mis manos y las de mi primo, sus creadores, de la materia prima de un blanco papel.

Había dos razas, una más esbelta y delgada, hecha de dos dobles, y otra gruesa, barbuda y con bolsillos, hecha de tres.

Éramos dos los creadores, y este dualismo hizo fueran dos las gentes, por necesidad enemigas, pues habían nacido y vivían para luchar bajo aquella providencia maniquea. Milicia era su vida sobre la tierra, que así complacían a su creador y dueño.

En aquellos primeros tiempos de la edad de oro todos obraban y obedecían a un mismo plan, todos provenían del mismo papel y de las mismas manos. Aún el individuo no había brotado de la masa, aquello era *objetivismo* puro, en términos filosófico-serios.

Sus combates eran sencillísimos e inofensivos; consistían en colocarse los ejércitos, frente a frente, y esperar resignados a la bola de papel con que yo barría las filas de mis enemigos, y mi primo las de los suyos.

Eran héroes oscuros, víctimas de la fatalidad, que peleaban al amparo de sus deidades protectoras, al modo que peleaban junto a los muros de Ilión los rudos héroes de Homero.

Aún no había poetas que los cantaran ni había llegado a ellos la musa de la Historia. Apenas recuerdo cosa fija de tan remotos tiempos.

El primer rey histórico fue un muñeco de cera imitando un mono, con sus brazos y piernas movibles por medio de alfileres, engalanado con papelillos azules, rojos y dorados. Vestía un tricornio y montaba un caballo también de cera. Éste fue Mono I el Sabio. Lo de sabio venía como consecuencia de lo de mono; no conocíamos más que los de las colecciones de perros y monos sabios.

A Mono I el Sabio sucedió Amadeo I, fabricado con una cabeza del rey Amadeo recortada de un sello. Éste no hizo nada notable.

Héroes de esta edad fueron Lage, figura de un viejo francés, recortada de una caja de fósforos franceses, en que se leía al pie *L'age des esperances*. Otro era una caricatura de Thiers, también de una caja de cerillas, que llegó a ser con el tiempo, bajo el nombre de Heredia, médico celeberrimo, autor de un tratado de anatomía pajaresca de que hablaré más adelante. [5-VII-1888]

II

Las noticias de aquel tiempo remoto, recogidas por la tradición cuando ésta vivía fresca y reciente, estaban archivadas en la verídica y puntual relación de toda esta historia, de la cual relación sólo conservo dos librillos.

En tomo de Mono I, de Amadeo, de Lage y de otros extraños personajes empezaron a agruparse las pajarillas de papel.

Muy pronto las pajaritas adquirieron grados y honores y decidieron fijarse en moradas estables, más que por la necesidad de hogar y techo, para poder organizar asedios de plazas fuertes, asaltos y defensas. ¿para qué sirve una ciudad sino para ser tomada?

Con cajas, pedazos de madera y otros trastos, se armaba sobre la mesa la ciudad de quita y pon. Así nació Huelón, célebre por la batalla de su nombre. Llamábase Huelón por haberse edificado sobre el hule que cubría la mesa.

¡Qué combate fue aquel! ¡Qué golpes de bola, de plomo, la terrible bola de plomo, contra los muros de la soberbia Huelón! De nada sirvieron ni la escala de palillos e hilo, ni la lluvia de proyectiles. Ni Bilbao con ser Bilbao resistió a los carlistas con tanto desnudo.

Después de Huelón nació Caberonete, nombre que se dió a la nueva ciudad por lo sonoro y nada significativo.

¿Qué diré de los combates navales, en balsas y barcos sobre un barreno lleno de agua?

Bolazo va, bolazo viene, el que caía caía y allí se remojaba. El agua al ser agitada se vertía y hubo que suspender las naumaquias por mandato superior, superior al de los creadores de aquella gente brava.

La semana era cosa pesada, todos los días al colegio, por la misma calle, a repetir las mismas cosas; llegábamos al sábado verdaderamente cansados. La alegría del domingo era la lluvia, el cielo gris para poder quedarnos en casa. ¡Qué hermosa tarde para combates una tarde de fiesta lluviosa!

Las naciones crecían, aparecían cada día nuevas pajarillas a engrosar los ejércitos y el exceso del mal trajo el remedio. Y fue éste que se nos ocurrió hacer mortales a las pobres pajarillas, sin ellas

comerlo ni beberlo, sin haber probado el fruto del árbol prohibido. De por sí, intrínsecamente, eran inmortales, pero a nosotros, sus creadores, nos pareció soso eso de tener que renunciar a la matanza y contentarnos con derribarlas. Aquello no tenía gracia, ¡vaya una cosa! Y de común acuerdo designamos lo que se tendría por herida, curada la cual volvía al combatiente a la pelea, y lo que se habría de considerar como muerte. Se hicieron, entonces horribles los combates.

Armado cada uno de nosotros de su alfiler empezaba a rasgar a los heridos pajarillos del otro, hasta que dada tregua a, una voz, se procedía a separar los muertos de los heridos y a curar éstos con parches de papel y goma.

¡Qué dolor más sincero al ver muertos, con la cresta destrozada, a tantos bravos combatientes! Era, en cambio, una delicia colocarles el parche, trofeo glorioso con que se señalaba el glorioso destino de tan insignificantes seres.

Resultaba que para aplicarles el parche había que abrirles, deshacer sus pliegues, desgarrar sus articulaciones, es decir, desmembrarlos, todo lo cual es una anomalía monstruosa. ¿Cuando se ha visto descoyuntar a un enfermo para hacerle la cura; abrirle en canal para cerrarle una herida? Estaba visto, en aquella sociedad primitiva la cirugía estaba atrasadísima. Entonces nació la idea de curarles sin abrirles nada, para lo cual había que hacerles un corte cerca de la herida, tomar medidas, calcular el tamaño, forma y pliegues del parche, todo lo cual exigía un detenido estudio de la anatomía papeli-pajarezca. Y henos allí inventando nombres para tal pliegue y cuál doble, para este ángulo y el otro, nombres extravagantes que no eran mas que los del cuerpo humano, en el idioma de las pajarillas. Este tratado de anatomía se publicó a nombre de la caricatura de Thiers.

Es de saber que tenían su idioma, mejor dicho, sus idiomas, uno de ellos el vascuence, de capricho los demás. La inmortalidad les había dado insignificancia, todos eran iguales en ella. Pero desde que quedaron sujetos al alfiler de la muerte resistían unos más que otros, llenos de parches aquellos, éstos destrozados en la flor de su edad, en la primera batalla, y así es como el individuo brotó de la masa tuvo su nombre, su historia, fue mas que un número. Sus nombres eran nombres de capricho, los unos sacados de la Araucana de Ercilla, que leíamos entonces para enardecer nuestro espíritu bélico; y allí hubo Cayuguán, que dio nombre a los cayeguanos, Caupolicán, Lautaro, etc. Hubo también Atila, un gigante, como que él sólo necesitó un pliego de los mayores.

Les conocía yo uno a uno, apreciaba sus virtudes. Nunca olvidaré al celeberrimo Lunkekwig, nombre que le inventé por no significar nada y sonándome con sus kas y uves dobles a bárbaro y altisonante. Estaba el tal acribillado a alfilerazos, y forrado de parches, pero al fin murió el pobrecito, ¡qué lástima! Fue una de mis mayores penas.

La muerte ya estaba regularizada, pero no lo estaba el nacimiento, porque, francamente, eso de hacer por obra de birlibirloque, por generación espontánea, es cosa cursi. Entonces pensamos que no estaba bien que el pajarillo esté solo e ideamos compañera semejante a él.

Con levantarle el pico, al modo que se le hacen las patas, en vez de bajárselo, ya estaba inventada la hembra. Y desde entonces hacíamos, los pajarillos, les doblábamos hacia adentro el pico y así eran colocados entre los pliegues de las hembras hasta que a éstas con el trajín de ir y volver se les soltaban, es decir, parían.

Y hubo matrimonios, registro civil, para aquellos amores, castísimos por supuesto, pues allí no había más engendradores que nosotros; todo se hacía por obra y gracia nuestra y el pretendido padre servía para que el pajarillo nuevo se llamara "tal, hijo de cual". Y como consecuencia y antecedencia de los amores hubo raptos. Aquello se hundía, éstos eran fulgores que anunciaban la irrupción de ideas nuevas, el despertar de otra vida que echaría al traste a los inocentes y sencillos pajaritos de papel.

Ya los pobres eran poco para encarnar mis ideas; el amor que crea sociedades las destruye. [12-VIII-1888]

III

Pero ¿cómo dejaré de contar la riqueza inagotable de aquel mundo? Hubo leyes escritas a modo de decálogo, promulgadas solemnemente y grabadas en caracteres griegos en la tapa de la caja en que se recogía a los pajarillos.

Además de las dos naciones rivales, tenía que haber una irrupción de los bárbaros, sin ella no concebíamos la historia, y la hubo, la de los cayeguanos, notables por su barbarie, que después de victoriosos se civilizaron.

Leíamos entonces a Julio Verne y al capitán Mayne-Reid, y como era soso un mundo sin animales los hicimos de cartón de extrañas formas, con grandes alfileres por cuernos unos, con una perlita falsa de abalorio al final de un hilo que hacía de rabo otros, otros con pecho de papel de goma, y todo ello para que en vez de ser provistos de alfileres, perlas, papel de goma y otros útiles por una divinidad pródiga, tuvieran que cazarlos con peligro de su vida.

Se organizaron cacerías que se efectuaban encima de la mesa. Los animales se defendían a alfilerazos.

No todos cazaban, pero los otros tenían para comprar los productos de la cara-dinero, pues había monedas que se sacaban en papel frotándole con lápiz sobre un perro chico o grande y pegadas las dos caras con oblea, había billetes de banco... ¿Que no habría allí?

Fui a pasar el verano a Olabeaga y llevé allí una expedición, armada de punta en blanco.

Allí, en un rincón de la huerta establecieron su colonia, casuchas de arcilla dentro de una empalizada y bajo un emparrado. ¡Qué gusto cuando llovía y quedaban deterioradas las casuchas, llenas de barro! Yo entonces creía que el mayor gusto de una navegación es naufragar; ¡son tan bonitos los naufragios de Julio Verne! ¡Lástima que en la huerta no había una isla desierta y no podían morir de hambre o de escorbuto las pajarillas! Una lluvia fuerte arrastró a casi todas y así tuvo dramático fin la colonia de Olabeaga.

Aquello se fue sutilizando, bizantinizándose poco a poco y llegó un día en que a pesar de todo fueron pequeño cuerpo para las ideas nuevas y entonces dejé a las pajarillas con pena.

Me creo en el deber de dedicar este recuerdo, estéril para ellos, a los que fueron mis compañeros de infancia. ¿Quién puede jurar que en aquellos papelitos inanimados, inertes y fríos no hubiera una sombra de conciencia? No yo, que nunca he sido pajarillo de papel.

Cuando oigo tantas tonterías, tanto tomarlo todo en serio, tanto charlar de interiores que no se ven, recuerdo a mis obedientes y silenciosas pajaritas que vivían lejos de la porquería que amontonan los tontos como escarabajos peloteros.

Los hombres de carne debíamos tomar por modelo, no sólo a las hormigas y abejas, sino también a aquellos pueblos de papel, libres y obedientes, felices siempre, resignados a la vida y a la muerte, píos hacia su creador y animados todos; por una misma idea, una misma voluntad y un mismo fin.

Conservo aún como reliquia de aquellos tiempos dos, los únicos que se han salvado, de los librillos en que llevábamos los anales de aquella gente. [19-VIII-1888]

¿Qué se hicieron aquellos ejércitos ignorados, la alegría de mi infancia? ¿A dónde fueron tantos silenciosos y pacientes héroes, juguete de potencias superiores?

Brotaron de la materia cuando los llamé a vida, vivieron a mi albedrío y cuando enojado ya de niñerías les arrojé al olvido fueron tan resignados como habían venido a la vida.

Cada vez que veo o hago una pajarita de papel recuerdo mis alegres días del bombardeo, el germinar de mis ideas, la formación lenta de mi espíritu y todo aquel mundo vivo, variado y fresco que después de enriquecer mi fantasía y excitar mi inteligencia fue a morir al rincón oscuro donde mueren los juguetes desdeñados del niño.

Otros se criaron en el campo, corriendo por él, respirando en el aire átomos de huerta y oyendo cantar a los pájaros de carne y hueso; yo entre calles, rompiendo botas por ellas, encarnando mis ideas en pajarillas de papel y prestándoles vida.

De Unamuno, Miguel. En *Mi vida y otros recuerdos personales 1889 – 1916*.
Editorial Losada, Buenos Aires, Argentina, 1959, Pág. 34 - 39
Selección: Anita Maureira Zuñiga

Juego y conciencia de sí a través de la realización de un deseo

“La primera vez que me di cuenta de mi existencia o me reconocía como ser viviente fue en Avilés, debajo de una mesa. Estaba allí oculto, silencioso y trabajando. ¿En qué trabajaba? En abrir un agujero a un gran pan de cuatro libras que había logrado hacer descender desde la mesa hasta mis manos. No comprendo cómo pude llevar a feliz término esta grave operación tan superior a mis fuerzas, porque yo no contaría con más de dos años de edad. Para realizarla no disponía de maromas, cabrestantes y poleas, sino de mis propios brazos solamente, que a más de no tener nada de atléticos se hallaban algo trabados por una blusa verde demasiadamente almidonada. Tengo una idea de que el pan estaba al borde de la mesa y que le fui haciendo resbalar poco a poco hasta que por su propio peso cayó sobre mí y como yo no podía sostenerle me dejé caer a mi vez en el suelo abrazado a él.

Ni mi madre que bordaba en un rincón del comedor, ni una señora parienta suya que la acompañaba, ni la costurera, empeñadas todas tres en animada plática, se dieron cuenta del arriesgado trabajo preparatorio que yo acababa de realizar.

Una vez que me vi dueño del pan me arrastré cautelosamente hasta colocarme debajo de la mesa y allí principié mi tarea perforadora con la paciencia de un chino y la terquedad de un astur. Lo más difícil, lo que parecía casi imposible de realizar era la ruptura de la corteza. Yo la acometí, sin embargo, con buen ánimo. Humedeciendo el dedo con saliva y después de largo y penoso trabajo logré al fin romperla. Lo demás era relativamente fácil. El túnel se fue abriendo poco a poco y los escombros pasaban rápidamente a mi estómago. Al cabo vi que mi madre preguntaba por mí. Se me buscó con la vista y cuando advirtieron que me hallaba debajo de la mesa y tenía un pan entre mis piernas quedaron altamente sorprendidas. Sin embargo, a la costurera no le pareció aquella situación decorosa para el hijo primogénito de una respetable familia y vino a sacarme de ella tomando el pan y colocándolo sobre la mesa. ¡Cómo podía figurarse que aquel pan no guardaba ya su integridad! Mis tiernas manos no podían, en efecto, atentar a ella de un modo violento pero ignoraba lo que puede el ingenio apretado por la necesidad.

Un escozor le acometió a mi madre y era que el pan podía haberse manchado en el suelo. Por su orden la costurera vino a comprobarlo. Al hacerlo dejó escapar un grito de sorpresa y después una alegre carcajada.

-¡Señora, mire por su vida lo que el niño ha hecho! ¡Qué cosa más graciosa!

El agujero debía ser efectivamente muy gracioso porque mi madre y mi tía se retorcían de risa contemplándolo. Y según oía decir, entre las carcajadas que fluían de su boca, estaba admirablemente hecho; era una verdadera obra de arte.

Tal es mi primera impresión consciente en esta vida terrestre a la cual Dios plugo enviarme, y el dato intuitivo de más importancia que de ella adquirí por entonces. La perforación de un túnel fue mi primer trabajo serio en este mundo.”

Palacio Valdés, Armando. En *La Novela de un Novelista*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1941, Pág. 9, 72 y 73
Selección: Evelyn García V.

Juego y sensaciones placenteras

Otro juego que me apasionaba es ese instrumento maravilloso que llaman kaleidoscopio: una especie de antejo que, en el extremo opuesto al del ojo, ofrece a la mirada un rosetón siempre cambiante, formado con vidrios de color móviles encerrados entre dos hojas traslúcidas. El interior del antejo está tapizado con espejos en los que se multiplica simétricamente la fantasmagoría de los vidrios, a los que desplaza entre las dos hojas el menor movimiento del aparato. El cambio de aspecto de los rosetones me sumía en un encanto indecible. Vuelvo a ver todavía con precisión el color, la forma de los trozos de vidrio: el pedazo más grueso era un rubí claro y tenía forma triangular; su peso lo arrastraba desde luego por encima del conjunto que trastornaba. Había un granate muy oscuro y casi

redondo; una esmeralda en forma de hoja de guadaña; un topacio del que no recuerdo sino el color; un zafiro y tres pequeños trozos rojizos. Nunca se presentaban juntos en escena; algunos permanecían ocultos por completo; otros a medias, entre bastidores, al otro lado de los espejos; sólo el rubí, muy importante, nunca desaparecía enteramente.

Mis primos, que compartían mi gusto por este juego, pero se mostraban con él menos paciente, sacudían a cada momento el aparato a fin de contemplar en él un cambio total. Yo no procedía del mismo modo: sin apartar los ojos de la escena, hacía girar suavemente el kaleidoscopio, admirando la lente modificación del rosetón. A veces, el insensible desplazamiento de uno de los elementos traía consigo consecuencias desconcertantes. Yo me sentía tan intrigado como deslumbrado y pronto quise obligar al aparato a entregarme su secreto. Destapé el fondo, hice inventario de los trozos de vidrio y saqué del estuche de cartón tres espejos; luego los volví a colocar en su sitio, pero les añadí más de tres o cuatro trozos de vidrio. La composición era pobre, los cambios no deparaban mayor sorpresa, ¡pero que bien se seguían las jugadas! ¡Qué bien se comprendía el por qué del placer!

Luego sentí el deseo de reemplazar a los trocitos de vidrio por los objetos más extraños: un poco de pluma, un ala de mosca, una cabeza de fósforo, una brizna de hierba. Esta era opaca, lo más hechicero de todo, pero, a causa de los reflejos en los espejos, tenía cierto interés geométrico... En resumen, pasaba horas y día entregado a ese juego. Creo que los niños de hoy día lo ignoran, y por eso he hablado de él tan extensamente.

Gide, André. En *Si la semilla no muere...*
Editorial Losada S.A., Buenos Aires, Argentina, 1951, Pág. 9 y 10
Selección: Valeria Pérez Vega

Juego e imaginación

“He contado alguna vez que el liceo tenía unas catacumbas o sótanos a los que bajábamos en pandilla. Mi imaginación llenaba aquellos desvanes subterráneos de fantasmas, de tesoros, de posibles sorpresas infernales. Todo estaba oscuro. A veces, en nuestros juegos olvidábamos a alguno de los muchachos que habíamos dejado allí abajo, en castigo amarrado a una columna.

Teníamos que volver asustados a buscarlo”.

Neruda, Pablo. En *Para nacer he nacido*,
Editorial Planeta, Barcelona, España, 1986.
Selección: Carolina Jara

Juego y reproche

-Pues bien, vamos a jugar a los caballos – y poniéndose en cuatro patas me ordenó:- Anda, Monina, monta al caballo; ¿Adónde vamos?

-Al prado, y después a casa de tatita – contesté yo con loco entusiasmo.

La extraordinaria señora imitaba el galope haciéndome saltar como a un jinete, mientras yo gritaba y le pegaba en cierta parte.

Después, el caballo se cansó y apareció de nuevo doña Elisa, de pie, riéndose a carcajadas y asegurando que se había divertido mucho.

-¿Cuándo vas a volver a jugar conmigo?- le pregunté.

Mi madre colorada como un tomate, de vergüenza, me dirigió palabras severas y, abriendo una puerta, me echó a la habitación contigua.

¿Por qué la pones en penitencia? Tu niña no ha hecho nada de malo, no seas tan severa.

-dijo doña Elisa.

-No la apadrines, porque es insoportable, y hay que corregirla; si no, será una muchacha terrible- contestó mi madre, mortificada.

-Pobre chica, es cómica, al fin y al cabo es muy divertida, créemelo; pero, prométeme que no la vas a castigar por esta tontería.

Mi madre no hallaba palabras con qué disculpar mis travesuras y trataba de convencer a doña Elisa y meterle en la cabeza que yo merecía un buen castigo.

Lys, Carmen. En *Algunos Recuerdos*, Editorial Zig-Zag S.A., Santiago de Chile 1946, Pág. 18 y 19
Selección: Paula Cordero

MEMORIA

Memoria y atesoramiento

“Después de las marchas yo me iba a recoger las flores que no habían sido pisoteadas; era una manera de pedirle perdón al árbol. Las echaba en una bolsa que llevaba siempre colgando de mi cuello. Yo misma la había confeccionado con cuidado y en ella guardaba los recuerdos más grandes... un botón de camisa de Rafael, un amigo de mi hermano; flores de lavanda, algunas conchas que me había regalado Martín en una ocasión, un aro de Elizabeth y un mechón de pelo de Jessica. Era la bolsita de los recuerdos”.

Valdivieso Práxedes. En *Yo también fui retardada mental*, Editorial LOM, Santiago, Chile, 1999, Pág. 28.
Selección: Carolina Jara

PERCEPCIONES

Percepciones misteriosas

En esta época aparecieron en mí fenómenos posiblemente congestivos. Cuando se me había llevado a la cama, despertaba y volvía a dormirme. Alrededor del lecho, mil círculos coloreados y concéntricos, calidoscopios, enlazados y con movimiento centrífugo y centrípeto, como los que forma la linterna mágica, creaban una visión extraña y para mí dolorosa. El central punto rojo se hundía, hasta incalculables, hípnicas distancias, y volvía a acercarse, y su ir y venir era para mí como un martirio inexplicable. Hasta que de repente desaparecía la decoración en colores, se hundía el punto rojo y se apagaba el ruido de una seca y para mí saludable expresión. Sentía una gran calma, un gran alivio; el sueño seguía tranquilo. Por las mañanas mi almohada estaba llena de sangre, de una copiosa hemorragia.

Torres, Edelberto. En *La dramática vida de Rubén Darío*, Editorial Grijalbo, México DF, 1956, Pág. 15-16
Selección: Anita Maureira Zuñiga

Percepción espacial y exploración

Así, era una de nuestras excursiones favoritas, que hacíamos un par de veces todos los años, la de dar la vuelta a lo largo de la muralla. Jardines, patios, edificios llegaban hasta la linde de las fortificaciones; veíamos miles de personas en sus vidas caseras, mezquinas, escondidas. Desde los jardines de recreo de los ricos a los huertos frutales de los vecinos que tenían que mirar a su provecho,

fábricas, talleres, hasta terrenos de labor- pues la ciudad encerraba en su seno un pequeño mundo -, pasábamos por delante del espectáculo más curioso y más diverso, que cambiaba a cada paso y del que no se saciaba nuestra infantil curiosidad.

Goethe, Juan W. En *Memorias de mi niñez* Editorial Espasa-Calpe, Argentina Buenos Aires, 1951 Pág. 19
Selección: Irene Arias Nahuelpan

Percepción de las cosas desde un cuerpo infantil

“Hecho muy sabido es que los objetos vistos en la infancia los recuerda uno como si fueran muy grandes. Por ejemplo, yo creí haber vivido en una casa grande, y me quedé sorprendido cuando volví a visitar la “gran” casa de mi infancia: resultó ser pequeñísima. De niño, me parecía que los acontecimientos se producían a un paso vertiginoso, aunque en aquel entonces no había aeroplanos y los trenes avanzaban con despaciosa dignidad, cual ancianos asmáticos. No sabía entonces que todo requiere mucho más tiempo del que uno deseara y que la humanidad no corre velozmente, por un camino despejado, en un coche de carreras, sino que avanza a tientas por caminos sinuosos que a veces hacen curvas muy pronunciadas y que los pesimistas les parecen círculos, pero que en realidad no son más que espirales”.

Cousins, Norman. “Un ultimo recuerdo” en *Lo que la vida enseña*. Editorial Pax-México, México, 1996, Pág. 59.
Selección: Lorena Marín Marín

Percepción del tiempo

“ Siempre esperaba en la puerta de la calle, afirmada en los barrotes, a que tía Matilde llegara. En esas largas vigiliass el tiempo se me hacía eterno y angustiante”.

Valdivieso Práxedes. En *Yo también fui retardada mental*, Editorial LOM, Santiago, Chile, 1999, Pág. 16.,
Selección: Carolina Jara

Percepciones estéticas

Llegué a Chile, por primera vez, quizás a los cuatro años. En Santiago, en la esquina noreste de las calles Coquimbo y Nataniel, mis padres instalaron un almacén desde cuya puerta, la que daba a la primera de esas calles, podían verse las copas de los árboles del Parque Cousiño. No recuerdo el aspecto del negocio y no puedo decir si era pequeño o grande, claro u oscuro, desmantelado o bien tenido. Me inclino a creer que era pequeño y modesto; mis padres eran pobres. Pero no es mi intención hacer una historia económica de mi familia.

Por lo demás, en el interior del almacén no se hallaban ni sucedían, que yo sepa, nada extraordinario. Lo extraordinario estaba afuera, en la calle; aunque, recordando bien, existió en el negocio algo que debo consignar: en alguna parte, en algún rincón, hubo durante cierto tiempo un saco lleno de hermosas bolitas de vidrio, de infinitas combinaciones de color y de dibujo. Nunca sustraje ni pedí ninguna, me limitaba a jugar con ellas, tomándolas a puñados y haciéndolas rodar por mis manos hacia el saco. Me molestaba mucho que las vendieran fuera del saco, aisladas, no eran ya hermosas; se

echaban de menos el color y el dibujo de las olas y disminuía, hasta casi desaparecer, su luz, que en el saco resplandecía como un agua, tan clara, que parecía verse hasta el fondo a través de ella.

Rojas, Manuel. En *Antología autobiográfica*,
Editado por LOM Ediciones, Santiago, Chile, 1995, Pág. 20
Selección: Anita Maureira Zuñiga

Percepciones e interpretaciones

“El principio de la guerra me pareció muy animado. Me gustaba mirar los reflectores antiaéreos, barriendo la noche del cielo de Moscú. Los reflectores no me daban miedo, sino más bien admiración. Me gustaban también los lamentos de las sirenas tocando la alerta aérea y envidiaba a los adultos por recibir tan bonitos cascos y fusiles, y marchar hacia el apasionante lugar de fantasía que se llamaba el frente”.

Evtushenko, Evgueni. En *Autobiografía precoz*,
Editorial Era, México, 1963,21

Percepciones placenteras

En su interior no había nada extraordinario: era un almacén como tantos otros. Lo extraordinario estaba en la calle, en las cantinas y en los conventillos del barrio. Aunque la verdad es que en algún rincón hubo durante cierto tiempo algo que me gustó mucho: un saco lleno de bolitas de vidrio, con muchas combinaciones de colores y dibujos. Nunca robé ni pedí ninguna; sólo jugaba con ellas, tomándolas a puñados y haciéndolas rodar por mi mano hacia el saco. No me gustaba que mi madre las vendiera, cuando estaban fuera del saco no eran ya tan bonitas; desaparecían el color y el dibujo de las otras y, peor aún, disminuía hasta casi desaparecer la luz que parecía haber en el saco, tan clara que podía verse hasta el fondo a través de las bolitas.

Rojas, Manuel. En *Recuerdos de mi infancia y adolescencia*.
Editorial Zig-Zag. Santiago, Chile, 1985, Pág. 7.
Selección: Leslie Lillo

Para los ojos de ella los colores ejercían un poder de belleza que determinaban un buen sabor a aquello que tenía ese color, por ejemplo una manzana no era solo una fruta, sino era una mezcla placentera entre sabor y color, y esa unión es lo que lo hacía ser fascinante.

Aprovechaba apasionadamente del privilegio de la infancia para quien la belleza, el lujo, la felicidad, son cosas que se comen; ante las confiterías de la calle Vavín quedaba petrificada, fascinada por el brillo luminoso de las frutas abrigada, el tono más apagado de los bombones de fruta, la flora abigarrada de los caramelos ácidos; verde, rojo, naranja, violeta; yo codiciaba los colores por si mismos tanto como el placer que me prometían.

De Beauvoir, Simone. En *Memorias de una joven formal*
Editorial Sudamericana, Argentina, Buenos Aires, Pág. 11
Selección: Natalia Yañez

Sensualidad

Conocía el botón de oro, el trébol, el polemonio azucarado, el azul fluorescente de las ipomeas, la mariposa, la vaca de san Antón, la luciérnaga, el rocío, las telas de araña y los hilos de la Virgen: aprendí que el rojo del muérdago es más rojo que el del laurel cerezo o del serbal, que el otoño vuelve los melocotones dorados y cobrizos los follajes, que el sol sube y baja en el cielo sin que se pueda ver

su movimiento. El derroche de colores, de olores, me exaltaba. En todas partes, en el agua verdosa de los estanques, en el oleaje de las praderas, bajo los helechos cortantes, en el hueco de los matorrales, se escondían tesoros que yo ardía por descubrir.

De Beauvoir, Simone. *Memorias de una joven formal*
Editorial Edhasa Barcelona – España, 1980, Pág. 28
Selección: Irene Arias Nahuelpan

Percepción de lo extraordinario

¡Pasado mañana! Faltan dos días y emprendaremos el viaje a Italia, hacia esa tierra de arte y de luz, hacia nuestro querido hogar.

Pero antes tengo que contar la impresión que tuve al ver a papá y mamá subir al Zeppelin en Baden-Baden.

Fue grandioso ver esa inmensa masa como subía por los aires ligera como un pájaro, y se elevaba, hasta no ser mas que una pequeña manchita blanca, pequeñísima en la inmensidad el cielo, para después revolotear y encima de las montañas.

Iñiguez Matte, Lily. En *Paginas de un diario*,
Editorial del Pacífico S.A., Santiago de Chile, Pág. 19
Selección: Patricia Estay Soza

Percepción vaga de conflictos

Una tarde Louise llevó a mi hermana y a mí a una kermese donde nos divertimos mucho. Nos quedamos hasta el anochecer. Volvíamos conversando, riendo; yo mordisqueaba uno de esos objetos falsos que tanto me gustaban- un pájaro de caramelo- cuando mamá apareció en un recodo del camino. Llevaba la cabeza envuelta en una bufanda de muselina verde y tenía el labio superior hinchado: ¿Qué horas de volver eran esas? Ella, era la mayor, era la “señora”, tenía derecho a reprender a Louise, pero no me gustó la mueca, ni su voz; no me agradó ver encenderse en los ojos pacientes de Louise algo que no me era amistoso. Aquella noche-u otra noche pero en mi recuerdo los dos incidentes están estrechamente ligados- me encontré en el jardín con Louise y otra persona que no identifico: estaba oscuro; en la fachada sombría brillaba una ventana luminada y abierta; se veían dos siluetas y se oían voces agitadas: “El señor y la señora ya están riñendo”, dijo Louise, entonces el Universo tambaleó. Imposible que papá y mamá fuesen enemigos, que Louise fuera la enemiga de ellos; cuando lo imposible ocurre, el cielo se mezcla con el infierno, las tinieblas se confunden con la luz. Me hundí en el Caos que precede a la Creación.

De Beauvoir Simone. En *Memorias de una joven formal*,
Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1986, Pág. 18 y 19..
Selección: Carolina Jara

Percepción de lo inexplicable

“...Nunca conocí a Marie otra pasión que la que le descubrí por Delphine, nuestra cocinera, y que mi madre, seguramente, nunca se habría atrevido a sospechar. Es inútil decir que yo mismo no me di cuenta de ello claramente en el momento y sólo me lo expliqué mucho tiempo después a consecuencia de los transportes de cierta noche; sin embargo, no sé qué oscuro instinto me impidió hablar de ello a mi madre.

La oficina y el dormitorio de Marie tenían por otra parte una salida que daba a una escalera de servicios. Nada más difícil ni más enojoso que una descripción de lugares, pero ésta era sin duda necesaria para explicar lo que sigue... Todavía tengo que decir que nuestra cocinera, llamada Delphine, acababa de desposarse con el cochero de nuestros vecinos de campo. Iba a dejar nuestra casa para

siempre. Ahora bien, en la víspera de su partida me despertaron en plena noche los ruidos más extraños. Iba a llamar a Marie cuando me di cuenta que los ruidos partían, precisamente, de su habitación; por lo demás eran mucho más raros y misteriosos que espantosos. Se hubiese dicho que se trataba de una especie de lamentación a dos voces, a la que puedo comparar hoy con la de las plañideras árabes, pero que, en esa época, no me pareció semejante a nada; una melopea patética, cortada y espasmódicamente por sollozos, cloqueos, y arranques que escuche durante largo tiempo, enderezado a medias en la oscuridad. Sentía inexplicablemente que algo se expresaba allí, algo más potente que la decencia, que el sueño y que la noche, pero hay tantas cosas que uno no se explica en esa edad que, a fe mía, volví a dormirme, sin darle importancia; y al día siguiente atribuí bien o mal aquél exceso a la falta de modales de los criados en general...”

Gide André. En *Si la semilla no muere...* Editorial Losada S. A
Segunda edición 1956, pág. 43
Selección: Yasna Sívoli Henríquez

Percepciones del dominio espacial

Pedía permiso a mi madre, me lo daba y me instalaba en los asientos, estirando las piernas todo lo que podía y mirando a la gente como si fuera un ministro y ellos sólo humildes contribuyentes. Si aparecía un pasajero, Candia me decía que subiera al pescante. Allí la impresión era maravillosa, casi la misma que he sentido, muchos años después, al asomarse a la ventanilla de una avión a retroimpulso que vuela a diez mil metros de altura y con una rapidez de ochocientos kilómetros por hora. Con la diferencia de que en el avión he mirado las aguas del Atlántico Norte, Londres de noche o las nieves de Terranova, en tanto que sobre el coche no veía más que las humildes piedras del barrio de Coquimbo y Nataniel y los desperdicios que los vecinos depositaban sobre ellas.

Rojas, Manuel. En *Recuerdos de mi infancia y adolescencia.*
Editorial Zig-Zag, Santiago, Chile, 1985, Pág. 26.
Selección: Leslie Lillo

SUEÑOS

Pesadilla y susto

Sin embargo no he revivido esta experiencia en las pesadillas. Todos los niños tienen pesadillas y dudo a que se deban a que las nodrizas o algún sujeto de la vida real les asuste. Mi pesadilla particular se centraba en uno que yo llamaba el pistolero. Nunca había leído nada acerca de estos tipos, se llamaba pistolero porque llevaba un arma no porque tuviera miedo de que me disparara. Ésta era parte de su apariencia, que según creo recordar era la de un francés de uniforme azul grisáceo, con el pelo empolvado, coleta, los ojos azules, una especie de sombrero de tres picos y mosquete anticuado. Su misma presencia era aterradora, el sueño era bastante simple: una reunión a la hora del té con un paseo con varias personas, normalmente un festejo sencillo. De repente sentía desazón, había alguien que no debía estar allí, una sensación horrible de temor y luego le veía, sentado en la mesa caminando por la playa, tomando parte en el juego, su mirada se encontraba con la mía y me despertaba gritando “¡el pistolero, el pistolero!”.

- “Bien, la señorita Agatha ha tenido anoche otro de los sueños sobre el pistolero” anunciaba Nursie con su pausada voz

- “¿por qué te asustas tanto cariño?” me preguntaba mi madre “¿qué crees que te va a hacer?” no sabía porque me asustaba. Más adelante el sueño varió. El pistolero ya no aparecía siempre de uniforme, a veces estábamos todos sentados a la mesa yo dirigía la mirada a un amigo o a un miembro

de la familia y me daba cuenta de que no era Dorothy, Phylis, Monty , mi madre o el que debía ser, los pálidos ojos azules me miraban desde un rostro familiar: ¡era en realidad el pistolero!

Christie, Agatha. En *Autobiografía*,
Editorial Molino, Barcelona, España, 1978. Pág. 38-39
Selección: Anita Maureira Zuñiga

IMPULSOS

Sensualidad e impulsos inquietantes

“Esto sucedía en Uzes, adonde íbamos una vez al año a ver a la madre de mi padre y algunos otros parientes: los primos de Flaux entre otros, que poseían, en el centro de la ciudad, una vieja casa con jardín. He aquí lo que sucedía en esa casa de los Flaux. Mi prima era muy bella y lo sabía. Sus cabellos muy negros, sujetos con cintas, destacaban un perfil de camafeo (he vuelto a ver su fotografía) y una piel deslumbrante. Me acuerdo muy bien del brillo de esa piel; me acuerdo de ella tanto más por cuanto el día en que le fui presentado llevaba un vestido escotado.

- Corre a besar a tu prima - me dijo mi madre cuando entré al salón. (Yo apenas tenía más de cuatro años, quizá cinco). Me adelanté. La prima de Flaux me atrajo hacia ella. Pero, ante el brillo de su espalda desnuda, sentí no sé qué, vértigo: en vez de posar mis labios en la mejilla que me ofrecía, fascinado por la espalda deslumbrante, le di en ella un gran mordisco. Mi prima lanzó un grito de dolor, y yo uno de horror. Ella sangraba. Yo escupí, muy asqueado. Me llevaron apresuradamente, y creo que estaban tan estupefactos que se olvidaron de castigarme.”

Gide, André. En *Si la semilla no muere...*
Editorial Losada S.A, Buenos Aires, 2da Edición 1956, Pág. 8.
Selección: Estefanía Borbaran Véliz

TEXTOS ESCRITOS POR LAS ALUMNAS

IMAGINACION Y JUEGO

LA GRAN SORPRESA

Mi madre, es la mayor entre 4 hermanos, incluida ella. Su hermana más pequeña, Natalia, que tiene mi misma edad fue y es mi compañera de aventuras, sobre todo en la época de infancia.

Recuerdo haber estado un día jugando con ella en el patio de la casa de mis abuelos, (que a la vez son sus padres) un patio grande, de cemento, por el cual corríamos y nos deslizábamos por el aire simulando volar.

Este día en particular, jugábamos con el gato llamado pito, él era nuestro chef, como para llamarlo de alguna forma, nos servía la comida y nos convidaba de la de él... entremedio de nuestro juego sale mi abuela a darle de comer al gato, y recuerdo claramente que le dieron cabezas de pescado cocidas. Al ver al gato comer, nuestro juego creció más y más ya que se habría el campo de posibilidades del menú.

Estábamos muy entretenidas jugando al chef cuando de repente vemos que el gato tiene mentitas en su plato, por lo cual corrimos a buscarlas antes de que el gato se las comiera, recogimos todas las que nos cupieron en nuestras pequeñas manos de niñas de 3 años y comenzamos a comerlas; en ese momento me sentí muy afortunada de haberme encontrado tantas mentitas en el suelo y que todas me las podía comer, comenzamos a pensar en venderlas, poner nuestro negocio de mentitas, ya que con todas las que teníamos nos alcanzaba para comer para siempre.

Fuimos donde nuestras madres para contarles nuestro proyecto y mostrarles las ricas mentitas que nos habíamos encontrado. Nuestras madres espantadas nos dicen ¡de donde sacaron eso! Y nosotras comenzamos a narrarles la historia del gato chef y de nuestro negocio de mentitas. Asombradas de todo lo que les habíamos contado, toman una mentita y le dan una pequeña probadita y SORPRESA, eran ojos de pescado cocidos, por eso el aspecto redondeado y blanco.

Yasna Sívoli Henríquez

LA SOLEDAD

Aquella mañana desperté, miré a mi alrededor y no sentí ningún tipo de ruido en aquel oscuro dormitorio. Al salir de mi cama logré encaminarme hacia el lugar en donde dormía mi madre, con horror observe que ella no se encontraba en donde habitualmente solía estar.

Era la primera vez que experimenta a la más amarga sensación de descubrirme lejos de quien me había dado la vida, jamás me había separado de ella desde mi nacimiento, creo yo. Asustada me dirigí hacia el año, luego a la cocina y posteriormente al comedor, por más que la llamé no la encontré. Fue entonces cuando sin más alternativa abrí la puerta que daba hacia el patio y aunque hacía frío, saque mis pies descubiertos hacia el exterior, esperando encontrarla barriendo la calle o conversando con alguna vecina. Pero toda esperanza se desvaneció al momento de ver que no estaba allí.

Luego de algunos instantes de vacilación me largué a llorar, no entendía por qué me había abandonado en aquellas condiciones, sin despedirse, siempre había estado a mi lado y no comprendía tal acción. Me preguntaba a mí misma que iba a ser de mi vida sin ella. Veía pasar gente por la calle y me ocultaba entre los arbustos, me sentía indefensa, aún somnolienta y con muchas ganas de comer algo.

Aún cuando el ambiente era húmedo y frío no me atrevía a entrar a mi hogar, pasaban por mi mente las cueles imágenes de la película de terror que mis padres habían visto un tiempo atrás, me imaginaba que aquel tipo con un guante que en vez de dedos poseía cuchillas me atraparía en el mismo momento en que yo pusiera un pie de la puerta hacia dentro. La “soledad”, qué amarga palabra, quizás no conocía su significado o incluso nunca la habría escuchado hasta esos días, pero experimentarla fue espantoso.

No podría referirme cuánto tiempo estuve en el patio contemplando la calle, las personas que vi pasar me miraban con cara de extrañeza cuando admiraban mi imagen de niña pequeña llorando. Luego de algunos instantes y vencida por el frío me armé de valor y comencé mi entrada hasta al que hace algunos días atrás había sido el lugar en el cual me sentía más segura alrededor de mi familia, pero en esos momentos correspondía a una verdadera casa de terror en donde cualquier cosa podría pasarme, desde encontrarme con brujas hasta la terrible visita de aquel personaje de las películas llamado “Fredy Fruger”.

Con paso inseguro me dirigí hacia mi habitación y volví a acostarme tapando todo mi cuerpo hasta la cabeza, entre llanto y llanto el sueño nuevamente comenzó a envolverme hasta quedarme dormida completamente y luego de algún rato sentí el dulce beso y las cálidas caricias de mi madre. Había vuelto, ya no estaba más sola. No sé si me lo habrá dicho en aquel momento o instante después, pero su ausencia se debía a que andaba comprando por allí cerca.

Quizás no comprendí hasta años más tarde que nunca me quiso abandonar, sin o hacer lo mejor para mí en esos momentos que era dejarme acostada en mi cama, mientras ella se dirigía a comprar para el desayuno.

SUEÑOS

Lo encontré bajando las escaleras de la antigua casa de mi niñez, era una casa de dos pisos con una escalera grande, él se encontraba colgando de sus brazos extendidos a mas no dar, sus manos se agarraban firmes del piso del nivel superior mientras su cuerpo se balanceaba de adelante hacia tras una y otra vez como si fuera un columpio, lo miraba desde el descanso de las escaleras sorprendida y asustada de ver su rostro rojo y sudoroso por la fuerza que estaba ejerciendo, me daba miedo verlo allí, era como si estuviera sujetándose de no caer a un abismo, del cual nunca podría regresar, sentía miedo al imaginarlo cayendo golpeándose con cada peldaño hasta llegar al piso, golpeándose sus brazos, piernas, hombros, y cabeza, me aterraba la idea de que al caer perdiera el conocimiento o bien morir, no me gustaba que él hiciera eso, Él me miraba y me decía llevo 3 minutos, mientras yo le gritaba: “papá afírmate no vayas a caer”, él me miraba con una sonrisa diciendo: “tu papá es fuerte, solo estoy columpiándome”.

Así era todas las mañanas, hasta que un día no lo encontré, baje deprisa las escaleras buscando, fui al patio revise el baño, detrás de las cortinas, pero fue inútil el ya no estaba, solo encontré las tasas sucias sobre la mesa. Mi corazón palpitaba cada vez mas al verme sola en esa casa grande y verde, subí las escaleras me dirigí donde mis hermanas, pero ellas tampoco estaban, me sentí sola, abandonada, e intrigada al no saber por que yo estaba con ellos. Pasaron los minutos y sentí un ruido desde las escaleras, secando las lagrimas camine hacia ellas asustada ya que solo escuchaba una respiración fuerte. Mire y vi a mi papá sonriéndome y llorando a la vez, le preguntaba que pasaba él me dijo me debo ir, y moviéndose cada vez más rápido se soltó y cayo al precipicio, yo gritaba a no mas dar, y quise seguirlo me agarre fuerte del piso de arriba y me solté y empecé a caer y caer y caer, hasta que de un sobresalto desperté.

Estefanía Borbaran Véliz

Realmente no sé que escribir, se me hace difícil escoger. Pero me voy a referir a algo que me ocurrió cuando yo tenía 6 años de edad e iba en primero básico, no es algo tan trascendental, analizando desde mi actual punto de vista pero, pero es algo que me afectó un poco y siempre se ha mantenido presente en mi memoria.

Yo iba en un liceo, el cual abarcaba desde kinder hasta cuarto medio, por lo tanto tenía una gran cantidad de alumnos. Los kinder y primeros básicos estábamos separados de los demás cursos, incluso teníamos nuestro propio patio. Lo que nos dividía era una reja, la que a veces mantenían abierta.

Yo no tenía amigas definidas en ese tiempo, pero hace poco tiempo que me estaba juntando en los recreos con una de mis compañeras. A ella le gustaba ir donde estaban las salas de los más grandes, que quedaban cruzando el patio grande. Peor para llegar había que pasar por un pasillo oscuro y alto que parecía un túnel, solo que no era recto era en forma de curva; este pasillo a mi no me gustaba. Cada vez que llegaba al otro lado de este me daban ganas de devolverme. Además a mi amiga le gustaba que nos quedáramos hasta que tocaran el timbre para que los más grandes entraran a clases, y en ese instante hacía que cruzáramos el pasillo, el cual ya en ese momento estaba lleno de niños y niñas mucho más grandes que nosotras, caminado en dirección contraria a la nuestra, por lo que nos costaba mucho llegar al otro lado.

Aunque en realidad no sé por qué a mi no me gustaba ir para allá, mi amiga me insistía cada vez que salíamos a recreo y recuerdo que al final siempre me obligaba. Yo no le decía nada porque no quería que se enojara conmigo.

Me daba miedo que cuando estuviéramos allá tocaran la campana para entrar a la sala y nosotras no la escucháramos por estar lejos. A ella esto parecía no importarle, en cambio a mí me asustaba lo que nos pudiera pasar si llegábamos atrasadas.

Recuerdo que fue tanto que un día no quise ir a clases, me puse a llorar, pero mis papás no me entendían y no querían que yo faltara al colegio. Le pidieron a mi tío que me fuera a dejar al colegio más tarde, él me preguntó por qué no quería ir a clases y yo le conté. Me consoló y me dijo que hablaríamos con mi compañera, no recuerdo si lo hizo o no, pero no recuerdo haber sufrido más por eso. Ese día me entró en brazos al colegio y yo me sentí mucho más tranquila.

Lillo, Leslie, Educación Inicial

...Sí, lo recuerdo bastante bien. Era un día domingo de mi quinto año de vida y me preparaba para asistir a la misa en la que mi primo Ricardo realizaría su primera comunión, la verdad es que la idea de estar callada por toda una hora, no me entusiasmaba en lo mas mínimo, pero “son cosas de familia” como, lo decía mi madre, quien mientras repetía esto, me ponía un vestido azul con cuello marinero.

Se hacía tarde para llegar a la iglesia, lo que sin duda molestaba mucho a mi padre, ya que repetía que nos apuráramos o si no nos dejaría a todos en casa.

Mi hermana secaba su cabello como si el tiempo no pasara, mientras Juan, mi hermano, había desaparecido en el patio, seguramente para comprobar que su perro estaba bien.

Luego de batallar en el hogar, por fin la familia logro subir al auto, para emprender rumbo a la iglesia del colegio Don Bosco, y estar junto a Ricardo a quien todos estiman mucho.

Evoco la figura de mi padre frente al manubrio, y como mi mamá a su lado pedía que disminuyera la velocidad, situación que me asustaba bastante, quizás porque imaginaba que seríamos víctimas de un choque al igual, como sucedía en la televisión, artefacto que me acompañaba en horas de ocio, y que llenaba mi mente tanto de fantasías, como de inquietudes.

No estaba lejos de la realidad, ya que a minutos de nuestro destino, siento un impacto, y como mi cuerpo se dirige hacia delante y hacia atrás de forma violenta y bastante rápida, hasta que se detiene el vehículo y comienzo a observar todo lo que está a mi alrededor, y veo como la mirada de mi papá me busca, para confirmar que me encontraba en buen estado, lo mismo hacía cada integrante de mi familia, quienes junto a esto, frotaban algún lugar donde habían recibido un golpe. Yo me encontraba bien, a pesar de que estaba muy asustada, sensación que fue disminuyendo a medida que me encontraba entre los brazos de mi mamá, quien con una sonrisa me decía que no había pasado nada

grave, afirmación que ciertamente no reflejaba la actitud de mi padre, el que estaba a un costado del auto con una expresión de asombro, miedo y rabia.

Ya pasado aquel incidente, comprobé que la televisión, no representaba mi realidad, y creaba en mi imaginación solo un tipo de accidente, aquel grande que muchas veces lleva al individuo a la muerte. Así recuerdo una de muchas desilusiones, y como, logre comprender que hay sucesos que no son tan rígidos como los imaginaba.

Paula Suazo

Experiencia Personal

Cuando tenía seis años, recuerdo haber salido con mi madre y con mi hermano de compras al paseo Ahumada. Mi mamá nos preguntó si queríamos un helado, al momento le respondimos que sí. Recuerdo que este era de vainilla, me encantaba este sabor. Lo degustaba poco a poco para que de esta manera no de me acabara. Sentía el dulce esparciéndose por toda mi boca, era una sensación muy placentera. En ese momento sólo existíamos mi helado y yo.

Tan pendiente estaba yo de este manjar, que sin querer pasé a una escalera mecánica sin percatarme de que mi madre sólo pasó por el lado sin subir a ella. Lo inevitable era que yo ya estaba sobre ella desplazándome hacia abajo. Sentí una desesperación que brotaba dentro de mí, comencé a sudar frío y desde mis entrañas emergió un grito, el cual nombraba a mi madre. En ese instante, comencé a subir las escaleras en sentido contrario, y como no avanzaba me desesperaba aún más. Embargada por el miedo, gritaba sin parar pero de repente aparece la figura de mi madre indicándome como salir de ese aprieto, aquellas indicaciones contenidas en su voz devolvieron mi alma al cuerpo, sentí que cada órgano interior volvía a su lugar, ya no sudaba y me embargó un alivio tan grande que nuevamente comencé a percibir el helado que había sostenido todo ese tiempo.

Evelyn García